



Stefan Zweig

Amok



**E** LEJANDRIA



Stefan Zweig

Amok

E LEJANDRIA



**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **AMOK**

**STEFAN ZWEIG**

**PUBLICADO: 1922  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# AMOK

En marzo del año 1912 tuvo lugar en el puerto de Nápoles, durante la descarga de un gran vapor transoceánico, un curioso accidente sobre el que los periódicos publicaron extensos informes, aunque adornados de forma muy fantasiosa. A pesar de ser pasajero del «Oceania», me fue tan imposible como a los demás ser testigo de aquel extraño suceso, pues ocurrió de noche, durante la carga de carbón y el desembarco de la mercancía, mientras nosotros, para escapar del estruendo, habíamos bajado todos a tierra y pasábamos el tiempo en cafés o teatros. Aun así, personalmente creo que algunas conjeturas, que en su momento no expresé en público, encierran la verdadera explicación de aquella excitante escena, y la distancia de los años me permite valerme de la confidencia de una conversación que precedió inmediatamente a aquel extraño episodio.

---

Cuando quise reservar en la agencia naviera de Calcuta una plaza en el «Oceania» para el viaje de regreso a Europa, el empleado se encogió de hombros con pesar. No sabía aún si sería posible conseguirme un camarote; el barco, justo antes del comienzo de la estación de las lluvias, solía estar ya completo desde Australia, y debía esperar primero el telegrama de Singapur. Al día siguiente, me comunicó con alegría que todavía podía apuntarme una plaza; eso sí, se trataba de un camarote poco confortable, bajo cubierta y en el centro del barco. Yo ya estaba impaciente por volver a casa, así que no lo dudé mucho y dejé que me asignara la plaza.

El empleado me había informado correctamente. El barco estaba abarrotado y el camarote era malo, un rincón pequeño, angosto y rectangular cerca de la máquina de vapor, iluminado únicamente por la turbia mirada de la portilla circular de cristal. El aire estancado y denso olía a aceite y a moho: ni por un instante se podía escapar del ventilador eléctrico, que, como un murciélago de acero enloquecido, zumbaba girando sobre mi frente. Desde abajo, la máquina traqueteaba y gemía como un carbonero que resuella subiendo sin cesar la misma escalera; desde arriba se oía el incesante arrastrar de los pasos en la cubierta de paseo. Así que, apenas hube guardado la maleta en aquella tumba mohosa de travesaños grises, escapé de nuevo a cubierta y, ascendiendo desde las profundidades, bebí como ámbar el viento dulce y suave que soplaba desde tierra sobre las olas.

Pero también la cubierta de paseo estaba llena de agobio e inquietud: revoloteaba y bullía de gente que, con el nerviosismo parpadeante de la inactividad enclaustrada, paseaba arriba y abajo sin cesar de parlotear. El gorjeante coqueteo de las mujeres, el deambular circular e incansable por el estrecho pasillo de la cubierta, donde la multitud pasaba ante las sillas con una locuaz agitación para encontrarse una y otra vez, me resultaba de algún modo doloroso. Había visto un mundo nuevo, había bebido imágenes que se precipitaban unas sobre otras en una carrera frenética. Ahora quería reflexionar sobre ellas, desmenuzarlas, ordenarlas, recrear lo que con tanto ardor se había agolpado en mi vista, pero aquí, en este bulevar atestado, no había ni un minuto de paz y descanso. Las líneas de un libro se deshacían ante las sombras fugaces de los que pasaban charlando. Era imposible estar a solas con uno mismo en esta callejuela errante y sin sombras del barco.

Lo intenté durante tres días, observando con resignación a la gente, al mar, pero el mar seguía siendo el mismo, azul y vacío, solo en el ocaso se teñía de repente con todos los colores. Y a la gente, la conocía de memoria después de tres veces veinticuatro horas. Cada rostro me resultaba familiar hasta el hastío; la risa aguda de las mujeres me irritaba; la estrepitosa discusión de dos oficiales holandeses vecinos ya no me molestaba. Así que solo quedaba la huida: pero el camarote era caluroso y húmedo, y en el salón, unas muchachas inglesas producían sin cesar su mala música de piano con vales entrecortados. Finalmente, decidí invertir el orden del tiempo: me sumergí en el camarote ya por la tarde, después de haberme aturdido

con un par de vasos de cerveza, para dormir durante la cena y el baile de la noche.

Cuando desperté, reinaba una oscuridad total y agobiante en el pequeño ataúd del camarote. Había apagado el ventilador, por lo que el aire ardía grasiento y húmedo contra mis sienes. Mis sentidos estaban de algún modo embotados: necesité varios minutos para ubicarme en el tiempo y el espacio. La medianoche ya debía de haber pasado, pues no oía ni música ni el arrastrar incansable de los pasos: solo la máquina, el corazón palpitante del leviatán, empujaba con resuello el cuerpo crepitante del barco hacia lo invisible.

Subí a tiertas a cubierta. Estaba vacía. Y al alzar la vista por encima de la humeante torre de la chimenea y los mástiles de brillo espectral, una claridad mágica me invadió los ojos. El cielo resplandecía. Era oscuro en contraste con las estrellas que lo arremolinaban de blanco, pero aun así: resplandecía; era como si un telón de terciopelo ocultara allí una luz inmensa, como si las estrellas centelleantes fueran solo portillas y rendijas a través de las cuales se vislumbraba aquella claridad indescriptible. Nunca había visto el cielo como en aquella noche, tan radiante, de un azul acero tan duro y sin embargo titilante, goteante, susurrante, manando una luz que, velada por la luna y las estrellas, descendía hinchada y que, de algún modo, parecía arder desde un interior misterioso. Como laca blanca, todas las líneas de contorno del barco refulgían bajo la luna contra el mar de terciopelo oscuro; los cabos, las vergas, todo lo estrecho, todos los contornos se disolvían en este resplandor fluido: las luces de los mástiles y, sobre ellas, el ojo redondo del puesto de vigía parecían colgar en el vacío, estrellas terrenales y amarillas entre las radiantes del cielo.

Justo sobre mi cabeza se erguía la mágica constelación, la Cruz del Sur, clavada en lo invisible con relucientes clavos de diamante, aparentemente suspendida, mientras que solo el barco creaba movimiento, que, temblando suavemente, se hundía y se alzaba, se hundía y se alzaba con pecho jadeante, como un nadador gigantesco, a través de las olas oscuras. Permanecí de pie y miré hacia arriba: me sentía como en un baño donde el agua cae tibia desde lo alto, solo que esto era luz, que blanca y también tibia me bañaba las manos, envolvía suavemente mis hombros y mi cabeza y de algún modo parecía penetrar en mi interior, pues todo lo sombrío en mí se había iluminado de repente. Respiré liberado, puro, y, súbitamente dichoso,

sentí en los labios, como una bebida clara, el aire, el aire suave, fermentado, que embriagaba ligeramente, en el que había aliento de frutas, aroma de islas lejanas. Ahora, ahora por primera vez desde que había pisado las tablas, me invadió el sagrado placer de soñar, y ese otro, más sensual, de entregar mi cuerpo mujerilmente a esta suavidad que me rodeaba. Quería tumbarme, con la mirada vuelta hacia los blancos jeroglíficos. Pero las tumbonas, las deckchairs, habían sido guardadas, y en ninguna parte de la vacía cubierta de paseo se encontraba un lugar para el descanso ensoñador.

Así que seguí avanzando a tientas, poco a poco hacia la proa del barco, completamente cegado por la luz, que parecía emanar de los objetos hacia mí con creciente intensidad. Casi dolía ya, esta luz estelar de un blanco calizo, intensamente ardiente, pero yo sentía el anhelo de esconderme en alguna sombra, tendido sobre una estera, para no sentir el resplandor sobre mí, sino solo por encima de mí, reflejado en las cosas, como se ve un paisaje desde una habitación a oscuras. Finalmente, tropezando con cabos y pasando junto a los aparejos de hierro, llegué hasta la quilla y vi abajo cómo la proa se hundía en la negrura y la luz de luna derretida salpicaba espumosa a ambos lados del filo. Una y otra vez se alzaba, una y otra vez se hundía el arado en el surco de olas negras, y sentí todo el tormento del elemento vencido, sentí todo el placer de la fuerza terrenal en este juego centelleante. Y en la contemplación perdí la noción del tiempo. ¿Había estado así una hora o solo unos minutos? En el vaivén, la inmensa cuna del barco me meció más allá del tiempo. Solo sentí que me invadía un cansancio que era como una voluptuosidad. Quería dormir, soñar, y sin embargo no alejarme de esta magia, no bajar a mi ataúd. Involuntariamente, mi pie palpó debajo de mí un rollo de cabos. Me senté, con los ojos cerrados y sin embargo no llenos de oscuridad, pues sobre ellos, sobre mí, fluía el resplandor plateado. Abajo sentía el suave susurro de las aguas, sobre mí, con un sonido inaudible, la blanca corriente de este mundo. Y poco a poco este susurro se hinchó en mi sangre: ya no me sentía a mí mismo, no sabía si esta respiración era la mía o el lejano corazón palpitante del barco, yo fluía, me derramaba en este susurro inquieto del mundo de medianoche.

---

Una tos suave y seca justo a mi lado me hizo sobresaltar. Desperté de mi ensoñación casi ebria. Mis ojos, cegados por la luz blanca sobre los párp-

dos hasta entonces cerrados, tantearon a su alrededor: justo frente a mí, en la sombra de la amurada, brillaba algo como el reflejo de unas gafas, y ahora una chispa gruesa y redonda se encendió, el ascua de una pipa. Al sentarme, mirando únicamente hacia la espumosa proa y hacia la Cruz del Sur, evidentemente no me había percatado de este vecino, que debía de haber estado sentado aquí inmóvil todo el tiempo. Involuntariamente, aún con los sentidos embotados, dije en alemán:

— ¡Perdón!

— Oh, por favor... — respondió la voz en alemán desde la oscuridad.

No puedo describir cuán extraño y espeluznante fue aquello, estar sentados en silencio, en la oscuridad, uno junto al otro, sin vernos. Tuve la sensación involuntaria de que aquel hombre me miraba fijamente, igual que yo a él; pero tan intensa era la luz sobre nosotros, la luz blanca y trémula que fluía, que ninguno podía ver del otro más que la silueta en la sombra. Solo creí oír la respiración y la aspiración siseante de la pipa.

El silencio era insoportable. Hubiera preferido marcharme, pero habría parecido demasiado brusco, demasiado repentino. Por embarazo, saqué un cigarrillo. La cerilla chisporroteó, y por un segundo una luz iluminó el estrecho espacio. Vi, tras los cristales de unas gafas, un rostro extraño que nunca había visto a bordo, en ninguna comida, en ningún paseo, y ya fuera porque la llama repentina dañó sus ojos o porque fue una alucinación: parecía horriblemente desfigurado, sombrío y propio de un duende. Pero antes de que pudiera percibir los detalles con claridad, la oscuridad volvió a tragarse las líneas fugazmente iluminadas; solo vi la silueta de una figura, oscura contra la oscuridad, y a veces el círculo de fuego rojo de la pipa en el vacío. Nadie hablaba, y este silencio era bochornoso y opresivo como el aire tropical.

Finalmente, no lo soporté más. Me levanté y dije cortésmente:

— Buenas noches.

— Buenas noches — respondió desde la oscuridad una voz ronca, dura, oxidada.

Avancé a trompicones entre el aparejo, pasando junto a los postes. Entonces, un paso sonó detrás de mí, apresurado e inseguro. Era mi vecino de

antes. Me detuve involuntariamente. No se acercó del todo; a través de la oscuridad percibí un algo de miedo y opresión en su forma de andar.

—Perdone —dijo entonces apresuradamente—, si le hago una petición. Yo... yo... —tartamudeó, y no pudo continuar de inmediato por la vergüenza—, yo... yo tengo razones privadas... muy privadas, para retirarme aquí... un luto... evito la compañía a bordo... No me refiero a usted... no, no... solo quisiera pedirle... Me haría un gran favor si no le dijera a nadie a bordo que me ha visto aquí... Son... por así decirlo, razones privadas las que me impiden ahora mezclarme con la gente... sí... bueno... me resultaría embarazoso si mencionara que alguien aquí de noche... que yo...

La palabra se le volvió a atascar. Disipé rápidamente su confusión asegurándole apresuradamente que cumpliría su deseo. Nos dimos la mano. Luego regresé a mi camarote y caí en un sueño pesado, extrañamente revuelto y confuso por las imágenes.

---

Mantuve mi promesa y no conté a nadie a bordo sobre el extraño encuentro, aunque la tentación no era pequeña. Pues en un viaje por mar, lo más insignificante se convierte en acontecimiento: una vela en el horizonte, un delfín que salta, un flirteo recién descubierto, una broma fugaz. Al mismo tiempo, me atormentaba la curiosidad por saber más de este pasajero inusual: escudriñé la lista del barco en busca de un nombre que pudiera pertenecerle, examiné a la gente por si podían tener relación con él; durante todo el día se apoderó de mí una impaciencia nerviosa, y en realidad solo esperaba la noche para ver si volvería a encontrarlo. Los asuntos psicológicos enigmáticos ejercen sobre mí un poder francamente inquietante; me excita hasta la médula desentrañar conexiones, y las personas extrañas pueden, con su mera presencia, encender en mí una pasión por conocer que no es mucho menor que la de poseer a una mujer. El día se me hizo largo y se desmoronó vacío entre mis dedos. Me acosté temprano: sabía que despertaría a medianoche, que algo me despertaría.

Y efectivamente: desperté a la misma hora que ayer. En la esfera de radio del reloj, las dos manecillas se superponían en una línea luminosa. Salí apresuradamente del sofocante camarote a la noche aún más sofocante.

Las estrellas brillaban como ayer y derramaban una luz difusa sobre el barco tembloroso; en lo alto llameaba la Cruz del Sur. Todo era como ayer —en los trópicos los días y las noches son más gemelos que en nuestras esferas—, solo que en mí no había esa suave, fluida y ensoñadora sensación de estar mecido como ayer. Algo me atraía, me confundía, y sabía hacia dónde me atraía: hacia el negro aparejo en la quilla, para ver si él, el misterioso, estaría de nuevo allí sentado, inmóvil. Desde lo alto sonó la campana del barco. Eso me arrancó de mi sitio. Paso a paso, a regañadientes y sin embargo atraído, cedí. Aún no había llegado a la roda cuando, de repente, algo parpadeó allí como un ojo rojo: la pipa. Así que estaba allí.

Involuntariamente, retrocedí y me detuve. Al instante siguiente me habría ido. Pero entonces algo se movió en la oscuridad, algo se levantó, dio dos pasos, y de repente oí su voz justo delante de mí, cortés y contenida.

—Perdone —dijo—, parece que quiere volver a su sitio, y tengo la sensación de que ha retrocedido al verme. Por favor, siéntese, yo ya me voy.

Me apresuré a decirle, por mi parte, que se quedara, que solo había retrocedido para no molestarlo.

—Usted no me molesta —dijo con cierta amargura—, al contrario, me alegro de no estar solo por una vez. Llevo diez días sin pronunciar una palabra... en realidad, desde hace años... y entonces cuesta mucho, quizá porque uno ya se asfixia de tanto reprimirlo todo... Ya no puedo estar sentado en el camarote, en ese... en ese ataúd... ya no puedo... y tampoco soporto a la gente, porque se ríen todo el día... Eso no lo puedo soportar ahora... lo oigo hasta dentro del camarote y me tapo los oídos... claro, ellos no saben que... bueno, simplemente no lo saben, y además, qué les importa a los extraños...

Se detuvo de nuevo. Y luego dijo de forma muy repentina y apresurada:

—Pero no quiero molestarlo... perdone mi locuacidad.

Hizo una reverencia y quiso marcharse. Pero le contradije con insistencia.

—No me molesta en absoluto. Yo también me alegro de tener aquí unas palabras tranquilas... ¿Quiere un cigarrillo?

Aceptó uno. Lo encendí. De nuevo el rostro se desprendió parpadeante del negro borde de la amurada, pero ahora completamente vuelto hacia mí: los ojos detrás de las gafas escrutaban mi cara, ávidos y con una violencia demencial. Un escalofrío me recorrió. Sentí que este hombre quería hablar, que necesitaba hablar. Y supe que debía permanecer en silencio para ayudarle.

Nos sentamos de nuevo. Él tenía allí una segunda tumbona, que me ofreció. Nuestros cigarrillos centelleaban, y por la forma en que el anillo de luz del suyo temblaba inquieto en la oscuridad, vi que su mano temblaba. Pero yo callé, y él calló. Entonces, su voz preguntó de repente en voz baja:

—¿Está muy cansado?

—No, en absoluto.

La voz desde la oscuridad vaciló de nuevo.

—Me gustaría preguntarle algo... es decir, me gustaría contarle algo. Sé, sé perfectamente lo absurdo que es dirigirme al primero que encuentro, pero... estoy... estoy en un estado psíquico terrible... estoy en un punto en el que necesito absolutamente hablar con alguien... o si no, me hundo... Ya lo entenderá cuando... sí, cuando se lo cuente... Sé que no podrá ayudarme... pero estoy de alguna manera enfermo de este silencio... y un enfermo siempre resulta ridículo para los demás...

Lo interrumpí y le rogué que no se atormentara. Que me contara sin más... que no podía prometerle nada, por supuesto, pero que uno tenía el deber de ofrecer su buena voluntad. Que si uno veía a alguien en apuros, surgía naturalmente el deber de ayudar...

—El deber... ofrecer su buena voluntad... el deber de intentarlo... ¿Así que usted también opina, usted también, que uno tiene el deber... el deber de ofrecer su buena voluntad?

Repetió la frase tres veces. Me horrorizó esa forma de repetir, apagada y obstinada. ¿Estaba loco este hombre? ¿Estaba borracho?

Pero como si yo hubiera pronunciado la suposición en voz alta, dijo de repente con una voz completamente diferente:

—Quizá me tome por loco o por borracho. No, no lo estoy... todavía no. Solo que la palabra que dijo me ha afectado de una forma tan extraña... tan

extraña, porque es precisamente lo que me atormenta ahora, es decir, si uno tiene el deber... el deber...

Comenzó a tartamudear de nuevo. Luego se interrumpió bruscamente y empezó con un nuevo impulso.

— Verá, soy médico. Y a menudo se dan casos así, casos funestos... sí, digamos casos límite, en los que uno no sabe si tiene el deber... es decir, no hay solo un deber, el que se tiene hacia el otro, sino también uno hacia sí mismo y uno hacia el Estado y uno hacia la ciencia... Uno debe ayudar, por supuesto, para eso estamos... pero tales máximas son siempre solo teóricas... ¿Hasta dónde se debe ayudar?... Ahí está usted, una persona extraña, y yo soy un extraño para usted, y le pido que guarde silencio sobre el hecho de que me ha visto... bien, usted calla, cumple con ese deber... Le pido que hable conmigo porque me muero de mi silencio... usted está dispuesto a escucharme... bien... Pero eso es fácil... Pero si le pidiera que me agarrara y me arrojara por la borda... ahí se acaba la amabilidad, la disposición a ayudar. En algún punto termina... allí donde uno empieza con su propia vida, su propia responsabilidad... en algún punto tiene que terminar... en algún punto tiene que cesar ese deber... ¿O es que quizá en el caso del médico no debería cesar? ¿Debe ser un salvador, un auxiliador universal, solo porque tiene un diploma con palabras en latín, debe realmente arrojar su vida y echarse agua en la sangre si alguna... si alguien viene y quiere que sea noble, servicial y bueno? Sí, en algún punto termina el deber... allí donde uno ya no puede más, precisamente allí...

Se detuvo de nuevo y se irguió.

— Perdone... hablo enseguida tan exaltado... pero no estoy borracho... todavía no estoy borracho... aunque eso también me ocurre a menudo ahora, se lo confieso tranquilamente, en esta soledad infernal... Piense que he vivido siete años casi solo entre nativos y animales... ahí se desaprende a hablar con calma. Cuando uno se abre, se desborda enseguida... Pero espere... sí, ya sé... quería preguntarle, quería exponerle un caso así, si se tiene el deber de ayudar... de ayudar de una manera tan angelicamente pura, si uno... Por cierto, me temo que va a ser largo. ¿De verdad que no está cansado?

— No, en absoluto.

— Yo... yo se lo agradezco... ¿No toma nada?

Había tanteado en la oscuridad detrás de sí. Algo tintineó, dos, tres, en cualquier caso, varias botellas que había colocado a su lado. Me ofreció un vaso de whisky, del que sorbí fugazmente, mientras él apuraba el suyo de un trago. Hubo un momento de silencio entre nosotros. Entonces sonó la campana: la una y media.

---

—Bueno... quisiera contarle un caso. Suponga que un médico en una... una ciudad pequeña... o más bien en el campo... un médico que... un médico que...

Se detuvo de nuevo. Luego, de repente, acercó su silla a la mía.

—Así no funciona. Tengo que contárselo todo directamente, desde el principio, si no, no lo entenderá... Esto, esto no se puede desarrollar como un ejemplo, como una teoría... tengo que contarle mi caso. No hay vergüenza, ni escondites... delante de mí la gente también se desnuda y me muestra su sarna, su orina y sus excrementos... si uno quiere que le ayuden, no puede andarse con rodeos ni callar nada... Así que no le voy a contar el caso de un médico legendario... me desnudo y digo: yo... he desaprendido la vergüenza en esta sucia soledad, en esta tierra maldita que te devora el alma y te chupa el tuétano de los lomos.

Debí de hacer algún movimiento, porque se interrumpió.

—Ah, usted protesta... entiendo, está entusiasmado con la India, con los templos y las palmeras, con todo el romanticismo de un viaje de dos meses. Sí, así son de encantadores los trópicos, cuando se recorren en tren, en coche, en rickshaw; yo no lo sentí de otra manera cuando vine por primera vez hace siete años. ¡Cuántas cosas soñé entonces! Quería aprender los idiomas y leer los libros sagrados en su texto original, estudiar las enfermedades, trabajar científicamente, sondear la psique de los nativos —como se dice en la jerga europea—, convertirme en un misionero de la humanidad, de la civilización. Todos los que vienen sueñan el mismo sueño. Pero en esa invisible casa de cristal, a uno se le agotan las fuerzas, la fiebre —pues al final la pillas, por mucha quinina que te metas— te ataca hasta la médula, te vuelves flojo y perezoso, te ablandas, una medusa. De alguna manera, como europeo, uno está desconectado de su verdadera esencia cuando se aleja de las grandes ciudades y llega a una de estas malditas esta-

ciones pantanosas: tarde o temprano, a todo el mundo se le va la cabeza; unos beben, otros fuman opio, otros pegan y se convierten en bestias — todos acaban con alguna tara de locura—. Uno anhela Europa, sueña con volver a caminar un día por una calle, sentarse en una habitación clara de piedra entre gente blanca; sueña con ello año tras año, y cuando llega el momento en que tendría vacaciones, ya está uno demasiado perezoso para irse. Sabe que allí está olvidado, es un extraño, una concha en este mar que todos pisan. Así que uno se queda, se estanca y se echa a perder en estos bosques cálidos y húmedos. Fue un día maldito aquel en que me vendí a este nido de porquería...

Por cierto, tampoco fue del todo voluntario. Había estudiado en Alemania, me había convertido en médico con todas las de la ley, incluso en un buen médico con un puesto en la clínica de Leipzig; en alguna parte, en un anuario perdido de los boletines de medicina, hicieron mucho ruido en su día sobre una nueva inyección que yo había sido el primero en practicar. Luego vino una historia de faldas, una mujer que conocí en el hospital: había vuelto tan loco a su amante que este le disparó con un revólver, y pronto yo estuve tan loco como él. Tenía una forma de ser altanera y fría que me volvía loco — siempre me han tenido en sus manos las mujeres autoritarias y descaradas, pero esta me doblegó hasta romperme los huesos—. Hice lo que ella quiso, yo... bueno, por qué no decirlo, han pasado ocho años... metí mano para ella en la caja del hospital, y cuando el asunto se descubrió, se armó la de San Quintín. Un tío aún cubrió el desfalco, pero mi carrera se acabó. Por aquel entonces oí que el gobierno holandés reclutaba médicos para las colonias y ofrecía una prima. Bueno, pensé enseguida que debía de ser un asunto turbio si ofrecían una prima, sabía que las cruces de las tumbas en esas plantaciones febriles crecen tres veces más rápido que en nuestro país, pero cuando uno es joven, cree que la fiebre y la muerte solo les saltan a los demás. En fin, no tenía muchas opciones, fui a Róterdam, firmé por diez años, recibí un buen fajo de billetes; la mitad se la envié a casa a mi tío, la otra mitad me la sacó una fulana de allí, del barrio del puerto, que me lo sonsacó todo solo porque se parecía mucho a aquella maldita gata. Sin dinero, sin reloj, sin ilusiones, zarpé de Europa y no me sentí especialmente triste cuando salimos del puerto. Y luego me senté en cubierta como usted, como todos se sentaban, y vi la Cruz del Sur y las palmeras, el corazón se me abrió de par en par. ¡Ah, bosques, soledad, silencio!, soñaba. Bueno, de soledad tuve más que suficiente. No me destinaron a Batavia o

Surabaya, a una ciudad donde hay gente, clubes, golf, libros y periódicos, sino —bueno, el nombre no importa— a una de las estaciones de distrito, a dos días de viaje de la ciudad más cercana. Unos cuantos funcionarios aburridos y resecos, un par de mestizos, esa era toda mi compañía; por lo demás, a lo largo y ancho, solo bosque, plantaciones, maleza y pantano.

Al principio aún era soportable. Me dediqué a toda clase de estudios; una vez, cuando el vice-residente volcó con el automóvil en un viaje de inspección y se destrozó una pierna, le hice una operación sin ayudante de la que se habló mucho; coleccioné venenos y armas de los nativos, me ocupé de cien pequeñas cosas para mantenerme despierto. Pero todo esto solo funcionó mientras la fuerza de Europa aún operaba en mí: luego me sequé. Los pocos europeos me aburrían, rompí el trato con ellos, bebía y soñaba ensimismado. Solo me quedaban dos años, luego sería libre con una pensión, podría regresar a Europa, empezar una nueva vida. En realidad, no hacía más que esperar, quedarme quieto y esperar. Y así seguiría sentado hoy, si no fuera por ella... si no hubiera sucedido aquello.

---

La voz en la oscuridad se detuvo. La pipa tampoco brillaba ya. El silencio era tal que de repente volví a oír el agua rompiendo espumosa contra la quilla y el lejano y sordo latido del corazón de la máquina. Me habría gustado encender un cigarrillo, pero temía el brillante chasquido de la cerilla y el reflejo en su rostro. Él callaba y callaba. No sabía si había terminado, si dormitaba, si dormía, tan muerto era su silencio.

Entonces la campana del barco dio una campanada recta y potente: la una. Él se sobresaltó; oí de nuevo el tintineo del vaso. Evidentemente, la mano tanteaba en busca del whisky. Un sorbo gorgoteó suavemente; luego, de repente, la voz comenzó de nuevo, pero ahora como si estuviera más tensa, más apasionada.

—Sí, bueno... espere... sí, bueno, fue así. Estoy allí arriba, en mi maldito nido, sentado como la araña en su tela, inmóvil desde hace meses. Acababa de pasar la estación de las lluvias, durante semanas y semanas había llovido sobre el tejado, no había venido nadie, ningún europeo; día tras día había estado sentado allí con mis mujeres amarillas en la casa y mi buen whisky. Por aquel entonces estaba completamente hundido, completamente enfermo

de Europa: si leía alguna novela sobre calles luminosas y mujeres blancas, me empezaban a temblar los dedos. No puedo describirle del todo ese estado, es una especie de mal de los trópicos, una nostalgia furiosa, febril y sin embargo impotente que a veces te atrapa. Así estaba yo sentado entonces, creo que sobre un atlas, soñando con viajes. De repente, llaman a la puerta con agitación, el boy está fuera y una de las mujeres, ambos con los ojos completamente abiertos de asombro. Hacen grandes gestos: una dama está aquí, una lady, una mujer blanca.

Me levanto de un salto. No he oído llegar ningún coche, ningún automóvil. ¿Una mujer blanca aquí, en este desierto?

Quiero bajar la escalera, pero me contengo. Una mirada al espejo, me arreglo un poco a toda prisa. Estoy nervioso, inquieto, de algún modo atormentado por un desagradable presentimiento, pues no conozco a nadie en el mundo que viniera a verme por amistad. Finalmente, bajo.

En el vestíbulo espera la dama y se acerca a mí apresuradamente. Un grueso velo de automóvil le cubre el rostro. Voy a saludarla, pero ella me corta rápidamente la palabra.

—Buenos días, doctor —dijo en inglés con una fluidez (un poco demasiado fluida y como aprendida de antemano)—. Perdone que le asalte. Pero estábamos justo en la estación, nuestro coche está parado allí —«¿por qué no conduce hasta la casa?», me pasa por la cabeza como un relámpago—, y entonces me acordé de que usted vivía aquí. He oído hablar tanto de usted, ¡hizo usted una verdadera magia con el vice-residente, su pierna está otra vez perfectamente all right, juega al golf como antes! Ah, sí, todo el mundo habla todavía de ello allá abajo, y todos daríamos a nuestro cirujano gruñón y a los otros dos si usted viniera con nosotros. Por cierto, ¿por qué no se le ve nunca por allí abajo, vive usted como un yogui...?

Y así sigue parlotando, deprisa, cada vez más deprisa, sin dejarme decir palabra. Hay algo nervioso y precipitado en esta cháchara insustancial, y yo mismo me pongo inquieto. ¿Por qué habla tanto?, me pregunto para mis adentros, ¿por qué no se presenta, por qué no se quita el velo? ¿Tiene fiebre? ¿Está enferma? ¿Está loca? Me pongo cada vez más nervioso porque siento lo ridículo de estar así, mudo, ante ella, bañado por su parloteo crepitante. Finalmente, se detiene un poco, y puedo invitarla a subir. Le hace un gesto al boy para que se quede y sube la escalera delante de mí.

—Qué bonito lo tiene usted aquí —dice, mirando a su alrededor en mi habitación—. ¡Ah, qué libros más hermosos! ¡Quisiera leerlos todos!

Se acerca a la estantería y examina los títulos. Por primera vez desde que salí a su encuentro, guarda silencio durante un minuto.

—¿Puedo ofrecerle un té? —pregunté.

No se vuelve y solo mira los títulos de los libros.

—No, gracias, doctor... tenemos que seguir enseguida... no tengo mucho tiempo... era solo una pequeña excursión... Ah, ¡ahí tiene también a Flaubert, le quiero tanto!... Maravillosa, absolutamente maravillosa, la Education sentimentale... veo que también lee en francés... ¡Cuántas cosas sabe usted!... sí, los alemanes, lo aprenden todo en la escuela... ¡Realmente magnífico, saber tantos idiomas!... El vice-residente jura por usted, siempre dice que es el único bajo cuyo bisturí se pondría... nuestro buen cirujano de allí solo sirve para jugar al bridge... Por cierto, ¿sabe? —(todavía no se había vuelto)— hoy se me ocurrió que debería consultarle alguna vez... y como pasábamos por aquí, pensé... bueno, ahora seguramente tendrá mucho que hacer... prefiero venir otro día.

«¡A ver si destapas las cartas de una vez!», pensé para mis adentros. Pero no dejé traslucir nada, sino que le aseguré que sería un honor para mí servirla, ahora y cuando quisiera.

—No es nada serio —dijo, volviéndose a medias y hojeando al mismo tiempo un libro que había cogido de la estantería—, nada serio... pequeñeces... cosas de mujeres... mareos, desmayos. Esta mañana, al tomar una curva, de repente me desplomé, raide morte... el boy tuvo que levantarme en el coche y traer agua... bueno, quizá el chófer conducía demasiado rápido... ¿no cree, doctor?

—No puedo juzgarlo así. ¿Tiene a menudo esos desmayos?

—No..., es decir, sí... últimamente... justo en los últimos tiempos... sí... esos desmayos y náuseas.

Ya está de nuevo ante la librería, devuelve el libro, coge otro y lo hojea. Extraño, ¿por qué hojea siempre así... tan nerviosamente, por qué no levanta la vista bajo el velo? No digo nada a propósito. Me excita hacerla esperar. Finalmente, empieza de nuevo con su aire nonchalante y parlanchín.

—¿Verdad, doctor, que no es nada preocupante? Ninguna cosa de los trópicos... nada peligroso...

—Primero tendría que ver si tiene usted fiebre. ¿Me permite tomarle el pulso...?

Me acerco a ella. Ella se aparta ligeramente.

—No, no, no tengo fiebre... seguro, completamente seguro que no... me he tomado la temperatura yo misma todos los días, desde... desde que empezaron estos desmayos. Nunca fiebre, siempre impecables 36,4, ni una décima más. Mi estómago también está sano.

Dudo un momento. Desde el principio me ronda una sospecha: siento que esta mujer quiere algo de mí, uno no viene a este desierto para hablar de Flaubert. La dejo esperar uno o dos minutos.

—Perdone —digo entonces directamente—, ¿puedo hacerle algunas preguntas con total franqueza?

—Por supuesto, doctor. ¡Usted es médico! —responde, pero ya me da de nuevo la espalda y juega con los libros.

—¿Ha tenido hijos?

—Sí, un hijo.

—¿Y tuvo... tuvo antes... quiero decir, entonces... tuvo usted estados similares?

—Sí.

Su voz es ahora completamente diferente. Muy clara, muy decidida, ya no parlanchina, ya no nerviosa.

—¿Y sería posible que usted... perdone la pregunta... que usted estuviera ahora en un estado similar?

—Sí.

Deja caer la palabra, afilada y cortante como un cuchillo. En su cabeza vuelta de espaldas no se mueve ni una línea.

—Quizá lo mejor sería, señora, que le hiciera un reconocimiento general... ¿puedo rogarle, quizá, que... que pase a la otra habitación?

Entonces se vuelve de repente. A través del velo siento una mirada fría y decidida directamente hacia mí.

—No... no es necesario... tengo total certeza sobre mi estado.

---

La voz vacila un instante. De nuevo brilla en la oscuridad el vaso lleno.

—Bueno, escuche... pero intente primero reflexionar sobre esto un momento. Entra de repente en la casa de alguien que se consume en su soledad una mujer, la primera mujer blanca que pisa la habitación en años... y de repente lo siento, hay algo maligno en la habitación, un peligro. De algún modo, un escalofrío me recorrió: me horrorizó la determinación de acero de esta mujer, que había entrado con discursos parlanchines y que de repente saca su exigencia como un cuchillo. Porque lo que quería de mí, lo sabía, lo supe al instante —no era la primera vez que unas mujeres me pedían algo así, pero venían de otra manera, venían avergonzadas o suplicantes, venían con lágrimas y conjuros—. Pero aquí había una... sí, una determinación de acero, masculina... desde el primer segundo sentí que esta mujer era más fuerte que yo... que podía forzarme a su voluntad como quisiera... Pero... pero... también había algo maligno en mí... el hombre que se resistía, una especie de resentimiento, porque... ya se lo dije... desde el primer segundo, sí, incluso antes de verla, sentí a esta mujer como una enemiga.

Callé al principio. Callé con obstinación y amargura. Sentí que me miraba bajo el velo —me miraba directamente y con exigencia, que quería forzarme a hablar—. Pero no cedí tan fácilmente. Empecé a hablar, pero... de forma evasiva... sí, inconscientemente imité su manera parlanchina e indiferente. Hice como que no la entendía, porque —no sé si puede usted sentirlo— quería obligarla a ser clara, no quería ofrecer, sino... ser rogado... precisamente por ella, porque venía tan autoritaria... y porque sabía que ante las mujeres no sucumbo a nada tanto como a esta manera altanera y fría.

Así que hablé con rodeos, diciendo que esto no tenía ninguna importancia, que tales desmayos formaban parte del curso regular de las cosas, al contrario, que casi garantizaban un buen desarrollo. Cité casos de los periódicos clínicos... hablé y hablé, con despreocupación y ligereza, tratando siempre el asunto como una banalidad y... y siempre esperando que me interrumpiera. Porque sabía que no lo soportaría.

Entonces me interrumpió bruscamente, con un gesto de la mano como si apartara toda la charla tranquilizadora.

—No es eso, doctor, lo que me inquieta. Cuando tuve a mi hijo, estaba en mejor forma... pero ahora ya no estoy all right... tengo problemas de corazón...

—Ah, problemas de corazón —repetí, aparentemente preocupado—, voy a mirar eso ahora mismo. —E hice un gesto como si fuera a levantarme a por el estetoscopio.

Pero ella ya me interrumpió. La voz era ahora completamente cortante y decidida, como en un puesto de mando.

—Tengo problemas de corazón, doctor, y le ruego que crea lo que le digo. No quiero perder mucho tiempo con reconocimientos; podría, en mi opinión, mostrarme algo más de confianza. Yo, al menos, le he demostrado suficientemente la mía.

Aquello ya era una batalla, un desafío abierto. Y lo acepté.

—La confianza requiere franqueza, una franqueza sin reservas. Hable claro, soy médico. Y, sobre todo, quítese el velo, siéntese, deje los libros y los rodeos. Uno no va al médico con velo.

Me miró, erguida y orgullosa. Vaciló un instante. Luego se sentó y se subió el velo. Vi un rostro, tal y como lo había temido, un rostro impenetrable, duro, contenido, de una belleza sin edad, un rostro con ojos grises ingleses en los que todo parecía calma y tras los cuales, sin embargo, se podía soñar toda la pasión. Esa boca estrecha y apretada no revelaba ningún secreto si no quería. Durante un minuto nos miramos el uno al otro, ella imperativa e interrogante a la vez, con una crueldad tan fría y acerada que no lo soporté e involuntariamente desvié la mirada.

Golpeó ligeramente la mesa con los nudillos. Así que también en ella había nerviosismo. Luego dijo de repente, rápidamente:

—¿Sabe, doctor, lo que quiero de usted, o no lo sabe?

—Creo saberlo. Pero seamos mejor completamente claros. Quiere usted poner fin a su estado... quiere que la libere de sus desmayos, de sus náuseas, eliminando... eliminando la causa. ¿Es eso?

—Sí.

La palabra chasqueó como una guillotina.

—¿Sabe también que tales intentos son peligrosos... para ambas partes...?

—Sí.

—¿Que legalmente me está prohibido?

—Hay posibilidades en las que no está prohibido, sino incluso indicado.

—Pero esas requieren una indicación médica.

—Entonces encontrará usted esa indicación. Usted es médico.

Claros, fijos, sin parpadear, sus ojos me miraban. Era una orden, y yo, debilucho, temblé de admiración ante la demoníaca autoridad de su voluntad. Pero aún me retorcí, no quería mostrar que ya estaba aplastado. «¡No tan rápido! ¡Poner pegas! ¡Forzarla a rogar!», centelleaba en mí algún anhelo.

—Eso no siempre depende de la voluntad del médico. Pero estoy dispuesto, con un colega en el hospital...

—No quiero a su colega... he venido a usted.

—¿Puedo preguntar por qué precisamente a mí?

Me miró con frialdad.

—No tengo inconveniente en decírselo. Porque vive usted apartado, porque no me conoce, porque es un buen médico, y porque... —ahora vaciló por primera vez— probablemente no se quedará mucho más tiempo en esta zona, especialmente si... si puede llevarse una suma considerable a casa.

Un escalofrío me recorrió. Esta claridad de cálculo férrea, de mercader, me aturdió. Hasta ahora no había abierto los labios para rogar, pero lo tenía todo calculado desde hacía tiempo, primero acechándome y luego encontrándome. Sentí cómo lo demoníaco de su voluntad penetraba en mí, pero me defendí con todo mi resentimiento. Una vez más meforcé a ser objetivo, sí, casi irónico.

—¿Y esa suma considerable la... la pondría usted a mi disposición?

—Por su ayuda y su partida inmediata.

—¿Sabe que con eso pierdo mi pensión?

—Se la compensaré.

—Es usted muy clara... Pero quiero aún más claridad. ¿Qué suma ha previsto como honorarios?

—Doce mil florines, pagaderos mediante cheque en Ámsterdam.

Yo... temblaba... temblaba de ira y... sí, también de admiración. Lo había calculado todo, la suma y la forma de pago, con la que me obligaba a partir; me había tasado y comprado sin conocerme, había dispuesto de mí presintiendo el poder de su voluntad. Lo que más me hubiera gustado era abofetearla... Pero mientras me levantaba temblando —ella también se había levantado— y la miraba fijamente a los ojos, de repente, al contemplar esa boca cerrada que no quería rogar, su frente altanera que no quería doblegarse... me invadió una... una especie de avidez violenta. Debió de sentir algo, porque enarcó las cejas como quien quiere despachar a alguien molesto: el odio entre nosotros quedó de repente al desnudo. Sabía que me odiaba porque me necesitaba, y yo la odiaba porque... porque no quería rogar. En ese único, en ese único segundo de silencio nos hablamos por primera vez con total sinceridad. Entonces, de repente, como un reptil, se me clavó un pensamiento, y le dije... le dije...

Pero espere, así entendería mal lo que hice... lo que dije... primero tengo que explicarle cómo... por qué se me ocurrió ese pensamiento demencial...

---

De nuevo tintineó suavemente el vaso en la oscuridad. Y la voz se volvió más agitada.

—No es que quiera disculparme, justificarme, lavarme las manos... Pero si no, no lo entenderá... No sé si alguna vez he sido una buena persona, pero... creo que servicial siempre lo he sido... En esa vida asquerosa de allí, esa era la única alegría que uno tenía, poder mantenerle el aliento a un trozo de vida con el puñado de ciencia que uno se había metido en el cerebro... una especie de alegría divina... De verdad, eran mis mejores momentos, cuando venía un muchacho amarillo, lívido de terror, con una mordedura de serpiente en el pie hinchado, y ya aullaba para que no le cortaran la pierna, y yo conseguía salvarlo. He recorrido horas de camino si alguna mujer

yacía con fiebre; también he ayudado como esta quería, ya en Europa, en la clínica. Pero allí al menos se sentía que esa persona te necesitaba, allí se sabía que se salvaba a alguien de la muerte o de la desesperación, y eso es precisamente lo que uno mismo necesita para ayudar, ese sentimiento de que el otro te necesita.

Pero esta mujer —no sé si puedo describírselo— me alteró, me incitó desde el momento en que entró, aparentemente de paseo, con su altivez, a una resistencia, incitó todo... cómo decirlo... incitó todo lo reprimido, todo lo oculto, todo lo malo en mí a la defensa. Que se hiciera la lady, que abordara con una frialdad inaccesible un asunto de vida o muerte, eso me volvió loco... Y luego... luego... al fin y al cabo, una no se queda embarazada jugando al golf... yo sabía... es decir, de repente tuve que recordar con una — y ese fue aquel pensamiento— con una claridad espantosa que esta mujer fría, esta altanera, esta glacial, que enarcaba bruscamente las cejas sobre sus ojos de acero cuando yo la miraba solo con recelo... sí, casi con repulsión, que esa mujer se había revolcado ardiente en la cama con un hombre dos o tres meses antes, desnuda como un animal y quizá gimiendo de placer, los cuerpos mordiendo el uno al otro como dos labios... Ese, ese fue el pensamiento ardiente que me asaltó cuando me miró tan altanera, tan inaccesiblemente fría, como un oficial inglés... y entonces, entonces todo se tensó en mí... estaba poseído por la idea de humillarla... desde ese segundo vi su cuerpo desnudo a través del vestido... desde ese segundo solo viví con el pensamiento de poseerla, de arrancar un gemido de sus labios duros, de sentir a esta fría, a esta altanera en la voluptuosidad, igual que aquel, aquel otro, a quien yo no conocía. Eso... eso quería explicarle... Nunca, por muy degradado que estuviera, había intentado aprovecharme de la situación como médico... Pero esta vez no era lascivia, no era lujuria, nada sexual, de verdad que no... lo admitiría... solo la avidez de dominar una altivez... de dominarla como hombre... Creo que ya le dije que las mujeres altaneras, aparentemente frías, siempre tuvieron poder sobre mí... pero ahora, ahora se añadía que llevaba siete años viviendo aquí sin haber tenido una mujer blanca, que no conocía la resistencia... Porque estas chicas de aquí, estas pequeñas y gráciles criaturas gorjeantes, tiemblan de reverencia cuando un blanco, un «señor», las toma... se disuelven en humildad, siempre están abiertas a uno, siempre dispuestas a servirle con su risa suave y gorgoteante... pero precisamente esta sumisión, este servilismo, le quita a uno el goce... ¿Entiende ahora, entiende cómo me impactó de lleno que de re-

mente llegara una mujer, llena de altivez y odio, cerrada hasta la punta de los dedos, al mismo tiempo centelleante de misterio y cargada de una pasión anterior... que una mujer así entrara descaradamente en la jaula de un hombre como ese, de una bestia humana tan solitaria, hambrienta y aislada...? Eso... eso solo quería decir, para que entienda lo otro... lo que vino ahora. Bueno... lleno de una avidez maligna, envenenado por el pensamiento de ella, desnuda, sensual, entregada, me contraje, por así decirlo, y fingí indiferencia. Dije fríamente:

—¿Doce mil florines?... No, por eso no lo haré.

Me miró, un poco pálida. Seguramente ya sentía que en esta resistencia no había codicia. Pero aun así dijo:

—¿Qué pide entonces?

Ya no seguí su tono frío.

—Juguemos con las cartas boca arriba. No soy un hombre de negocios... no soy el pobre boticario de Romeo y Julieta que vende su veneno por «corrupted gold»... quizá soy lo contrario de un hombre de negocios... por ese camino no verá cumplido su deseo.

—¿Así que no quiere hacerlo?

—No por dinero.

Se hizo un silencio total por un segundo entre nosotros. Tan silencioso, que por primera vez la oí respirar.

—¿Qué otra cosa puede desear entonces?

Ya no me contuve.

—Deseo primero que usted... que usted no me hable como a un tendero, sino como a una persona. Que cuando necesite ayuda, no... no venga enseguida con su vergonzoso dinero... sino que ruegue... que me ruegue a mí, la persona, que la ayude a usted, la persona... No soy solo médico, no solo tengo horas de consulta... también tengo otras horas... quizá ha venido usted en una de esas horas...

Ella guarda silencio un momento. Luego su boca se curva muy ligeramente, tiembla y dice rápidamente:

—Entonces, si se lo pidiera... ¿lo haría?

—Ya quiere hacer otro negocio; solo quiere pedir si yo prometo primero. Primero tiene que rogarme, luego le responderé.

Levanta la cabeza como un caballo desafiante. Me mira con ira.

—No, no se lo rogaré. ¡Antes morir!

Entonces me posee la ira, la ira roja y sin sentido.

—Entonces exigiré, si no quiere rogar. Creo que no necesito ser más claro, usted sabe lo que deseo de usted. Entonces... entonces la ayudaré.

Me miró fijamente un instante. Luego —oh, no puedo, no puedo decir cuán espantoso fue—, luego sus facciones se tensaron, y entonces... entonces se rio de repente... se rio en mi cara con un desprecio inenarrable... con un desprecio que me pulverizó... y que me embriagó al mismo tiempo... Fue como una explosión, tan repentina, tan impetuosa, tan poderosamente desatada por una fuerza inmensa, esa risa de desprecio, que yo... sí, que podría haberme desplomado a sus pies y besárselos. Duró solo un segundo... fue como un relámpago, y sentí el fuego en todo el cuerpo... entonces ella ya se había vuelto y se dirigía apresuradamente hacia la puerta.

Involuntariamente quise seguirla... disculparme... suplicarle... mi fuerza estaba completamente rota... entonces se volvió una vez más y dijo... no, ordenó:

—No se le ocurra seguirme ni buscarme... se arrepentiría.

Y la puerta ya se cerró de golpe tras ella.

---

De nuevo una vacilación. De nuevo un silencio... De nuevo solo ese susurro, como si la luz de la luna fluyera. Y luego, finalmente, de nuevo la voz.

—La puerta se cerró de golpe... pero yo permanecí inmóvil en mi sitio... estaba como hipnotizado por la orden... la oí bajar las escaleras, cerrar la puerta de la casa... lo oí todo, y toda mi voluntad la empujaba a seguirla... a ella... no sé para qué... para llamarla de vuelta, o para pegarle o para estrangularla... pero seguirla... seguirla... Y sin embargo, no podía. Mis miembros

estaban como paralizados por una descarga eléctrica... estaba herido, herido hasta la médula por el relámpago autoritario de esa mirada... Sé que esto no se puede explicar, no se puede contar... puede sonar ridículo, pero estuve de pie y de pie... necesité minutos, quizá cinco, quizá diez minutos, antes de poder arrancar un pie del suelo...

Pero apenas moví un pie, ya estaba ardiendo, ya estaba corriendo... en un instante bajé corriendo las escaleras... Solo podía haber ido por la calle hacia la estación civil... me lanzo al cobertizo a por la bicicleta, veo que he olvidado la llave, fuerzo la cerradura hasta que el bambú cruje y se astilla... y ya me monto en la bicicleta y salgo disparado tras ella... tengo que... tengo que alcanzarla antes de que llegue a su automóvil... tengo que hablar con ella...

La calle polvorienta pasa volando a mi lado... ahora me doy cuenta de cuánto tiempo debo de haber estado inmóvil arriba... allí... en la curva del bosque, justo antes de la estación, la veo, cómo se apresura con paso rígido y recto, acompañada por el boy ... Pero ella también debe de haberme visto, porque ahora habla con el boy , que se queda atrás, y sigue sola... ¿Qué quiere hacer? ¿Por qué quiere estar sola?... ¿Quiere hablar conmigo sin que él la oiga?... Ciego de rabia, pedaleo con furia... De repente, algo se me cruza en el camino, de lado... el boy ... apenas puedo desviar la bicicleta y me estrello...

Me levanto maldiciendo... involuntariamente levanto el puño para darle un sopapo al patán, pero él salta a un lado... Levanto mi bicicleta para volver a montar... Pero entonces el canalla salta hacia delante, agarra la bicicleta y dice en su inglés miserable: « You remain here ».

Usted no ha vivido en los trópicos... Usted no sabe qué descaro es que un canalla amarillo de esos le agarre la bicicleta a un «señor» blanco y le ordene a él, al «señor», que se quede ahí. Por toda respuesta, le doy un puñetazo en la cara... se tambalea, pero sujeta la bicicleta... sus ojos, sus ojos estrechos y cobardes, están muy abiertos de miedo servil... pero sujeta el manillar, lo sujeta con una firmeza diabólica... « You remain here », balbucea una vez más. Por suerte, no llevaba revólver. Si no, lo habría matado a tiros. «¡Fuera, canalla!», le digo sin más. Me mira agachado, pero no suelta el manillar. Le golpeo otra vez en la cabeza, sigue sin soltarlo. Entonces me posee la furia... veo que ella ya se ha ido, quizá ya ha escapado...

y le asesto un golpe de boxeador en toda regla bajo la barbilla que lo hace girar. Ahora tengo de nuevo mi bicicleta... pero al saltar sobre ella, se atasca... con el tirón violento se ha doblado un radio... Intento enderezarlo con manos febriles... No hay manera... así que arrojo la bicicleta de través en el camino, junto al canalla, que se levanta sangrando y se aparta... Y entonces —no, usted no puede sentir lo ridículo que es allí, delante de toda esa gente, que un europeo... bueno, ya no sabía lo que hacía... solo tenía un pensamiento: seguirla, alcanzarla... y así corrí, corrí como un loco por la carretera, pasando junto a las chozas donde la chusma amarilla se agolpaba asombrada al ver correr a un hombre blanco, al doctor.

Llegué a la estación empapado en sudor... Mi primera pregunta: ¿dónde está el coche?... Acaba de irse... La gente me mira extrañada: debo parecerles un loco, llegando así, mojado y mugriento, gritando la pregunta antes de haberme detenido... Abajo, en la carretera, veo el humo blanco del coche arremolinarse... lo ha conseguido... lo ha conseguido, como todo debe conseguirlo su cálculo duro, cruelmente duro.

Pero la huida no le sirve de nada... En los trópicos no hay secretos entre los europeos... uno conoce al otro, todo se convierte en un acontecimiento... No en vano su chófer ha estado una hora en el bungalow del gobierno... en pocos minutos lo sé todo... Sé quién es... que vive abajo, en —bueno, en la capital del distrito, a ocho horas de tren de aquí... que es —digamos, la esposa de un gran comerciante, inmensamente rica, distinguida, una inglesa... sé que su marido ha estado ahora cinco meses en América y debe llegar en los próximos días para llevársela a Europa...

Pero ella —y el pensamiento se me quema en las venas como veneno— puede estar embarazada como mucho de dos o tres meses...

—Hasta ahora he podido hacerle comprensible todo... quizá solo porque hasta este momento yo mismo aún me entendía... porque como médico siempre me diagnosticaba mi propio estado. Pero a partir de ahí comenzó a ser como una fiebre en mí... perdí el control sobre mí mismo... es decir, sabía perfectamente lo absurdo que era todo lo que hacía; pero ya no tenía poder sobre mí... ya no me entendía a mí mismo... solo corría hacia adelante en la obsesión de mi objetivo... Por cierto, espere... quizá sí pueda hacérselo comprensible... ¿Sabe usted lo que es el amok?

—¿Amok?... Creo recordar... Una especie de embriaguez entre los malayos...

—Es más que embriaguez... es locura, una especie de rabia humana... un ataque de monomanía asesina y sin sentido, que no se puede comparar con ninguna otra intoxicación alcohólica... yo mismo estudié algunos casos durante mi estancia —para los demás uno siempre es muy listo y muy objetivo—, sin poder desvelar jamás el terrible secreto de su origen... De alguna manera está relacionado con el clima, con esta atmósfera bochornosa y densa que presiona los nervios como una tormenta hasta que un día estallan... Así que el amok... sí, el amok es así: un malayo, un hombre completamente sencillo, de buen corazón, se bebe su brebaje... se sienta ahí, embotado, indiferente, apático... tal como yo estaba sentado en mi habitación... y de repente se levanta de un salto, coge la daga y corre a la calle... corre en línea recta, siempre en línea recta... sin saber adónde... Lo que se cruza en su camino, hombre o animal, lo derriba con su kris, y la sed de sangre solo lo enardece más... La espuma asoma a los labios del que corre, aúlla como un loco... pero corre, corre, corre, ya no mira a la derecha, ya no mira a la izquierda, solo corre con su grito estridente, su kris ensangrentado, en esa terrible línea recta... La gente de las aldeas sabe que ninguna fuerza puede detener a un corredor de amok... así que gritan avisando cuando llega: «¡Amok! ¡Amok!», y todo el mundo huye... pero él corre sin oír, corre sin ver, derriba lo que encuentra... hasta que lo matan a tiros como a un perro rabioso o él mismo se desploma echando espuma por la boca...

Una vez vi algo así, desde la ventana de mi bungalow... fue espantoso... pero solo por haberlo visto me comprendo a mí mismo en aquellos días... porque así, exactamente así, con esa terrible mirada al frente, sin ver a derecha ni a izquierda, con esa obsesión, me lancé... tras esa mujer... Ya no sé cómo lo hice todo, con qué carrera tan frenética, con qué velocidad tan insensata pasó todo... Diez minutos, no, cinco, no, dos... después de saberlo todo de esa mujer, su nombre, su casa, su destino, ya corría en una bicicleta prestada a toda prisa hacia mi casa, metí un traje en la maleta, cogí dinero y fui a la estación de tren en un coche... me fui sin despedirme del funcionario del distrito... sin nombrar un sustituto, dejé la casa abierta y tal como estaba... A mi alrededor había sirvientes, las mujeres me miraban asombradas y preguntaban, yo no respondía, no me volvía... fui a la estación y tomé el siguiente tren a la ciudad... Una hora en total, después de que esa mujer en-

trara en mi habitación, había arrojado mi existencia a mis espaldas y corría amok hacia el vacío...

Corrí en línea recta, con la cabeza contra la pared... a las seis de la tarde había llegado... a las seis y diez estaba en su casa y me hice anunciar... Fue... usted lo comprenderá... lo más insensato, lo más estúpido que pude hacer... pero el corredor de amok corre con los ojos vacíos, no ve hacia dónde corre... A los pocos minutos volvió el sirviente... cortés y frío... la señora no se encontraba bien y no podía recibir...

Salí tambaleándome por la puerta... Merodeé una hora más alrededor de la casa, poseído por la demencial esperanza de que quizá ella me buscara... luego tomé una habitación en el hotel de la playa y dos botellas de whisky... eso y una dosis doble de veronal me ayudaron... por fin me dormí... y ese sueño pesado y fangoso fue la única pausa en esta carrera entre la vida y la muerte.

---

Sonó la campana del barco. Dos golpes duros y llenos, que siguieron vibrando en el suave estanque del aire casi inmóvil y luego se desvanecieron en el susurro leve e incesante que acompañaba persistentemente bajo la quilla y entre el discurso apasionado. El hombre en la oscuridad frente a mí debió de sobresaltarse, su discurso se interrumpió. De nuevo oí su mano tantear hacia la botella, de nuevo el leve gorgoteo. Luego continuó, como si se hubiera calmado, con una voz más firme.

— Apenas puedo contarle las horas a partir de ese momento. Hoy creo que entonces tenía fiebre, en cualquier caso estaba en un estado de sobreexcitación que rayaba en la locura —un corredor de amok, como le dije—. Pero no olvide que era martes por la noche cuando llegué, y el sábado —eso lo había averiguado entretanto— debía llegar su marido en el vapor de la P. & O. desde Yokohama, así que solo quedaban tres días, tres escasos días para la decisión y para la ayuda. Entienda esto: sabía que tenía que ayudarla de inmediato y, sin embargo, no podía dirigirle ni una palabra. Y precisamente esa necesidad de disculpar mi comportamiento ridículo, mi comportamiento rabioso, era lo que me acosaba. Sabía lo precioso que era cada instante, sabía que para ella era cuestión de vida o muerte, y sin embargo no tenía ninguna posibilidad de acercarme a ella ni con un susurro, ni con una

seña, pues precisamente lo impetuoso, lo torpe de mi persecución la había asustado. Era... sí, espere... era como si alguien corriera detrás de otro para advertirle de un asesino, y el otro lo tomara a él mismo por el asesino, y así sigue corriendo hacia su perdición... ella solo veía en mí al corredor de amok que la perseguía para humillarla, pero yo... ese era el terrible contrastado... ya no pensaba en eso... ya estaba completamente aniquilado, solo quería ayudarla, solo servirla... habría cometido un asesinato, un crimen, por ayudarla... Pero ella, ella no lo entendía. Cuando me desperté por la mañana y corrí de nuevo a su casa, el boy estaba en la puerta, el mismo boy al que había golpeado en la cara, y en cuanto me vio de lejos —debía de estar esperándome—, se escabulló dentro. Quizá lo hizo solo para anunciarme en secreto... quizá... ah, esta incertidumbre, cómo me atormenta ahora... quizá ya estaba todo preparado para recibirme... pero entonces, al verlo, al recordar mi afrenta, fui yo de nuevo el que no se atrevió a repetir la visita... Me temblaban las rodillas. Justo antes del umbral, me di la vuelta y me marché de nuevo... me marché, mientras ella quizá me esperaba con una angustia similar.

Ya no sabía qué hacer en la ciudad extraña, que ardía como fuego bajo mis talones... De repente se me ocurrió algo, llamé a un coche y fui a ver al vice-residente, el mismo al que había ayudado en mi estación, y me hice anunciar... Algo en mi aspecto exterior ya debía de ser extraño, porque me miró con una expresión como de espanto, y su cortesía tenía algo de inquietud... quizá ya reconoció en mí al corredor de amok... Le dije, resueltamente, que solicitaba mi traslado a la ciudad, que ya no podía seguir existiendo en mi puesto... que tenía que mudarme de inmediato... Me miró... no puedo decirle cómo me miró... como un médico mira a un enfermo...

—Una crisis nerviosa, querido doctor —dijo entonces—, lo entiendo perfectamente. Bueno, ya se arreglará; pero espere... digamos cuatro semanas... primero tengo que encontrar un sustituto.

—No puedo esperar, ni un día —respondí.

De nuevo aquella mirada extraña.

—Tendrá que ser, doctor —dijo con seriedad—, no podemos dejar la estación sin médico. Pero le prometo que hoy mismo iniciaré todos los trámites.

Me quedé de pie, con los dientes apretados: por primera vez sentí claramente que era un hombre vendido, un esclavo. Ya se me estaba acumulando la rebeldía, pero él, el hombre dúctil, se me adelantó:

—Está usted desacostumbrado a la gente, doctor, y eso al final se convierte en una enfermedad. Todos nos hemos extrañado de que nunca viniera, de que nunca se tomara unas vacaciones. Necesita más vida social, más estímulos. Venga al menos esta noche, hoy tenemos una recepción en el gobierno, encontrará a toda la colonia, y algunos llevan mucho tiempo queriendo conocerle, han preguntado a menudo por usted y han deseado tenerle aquí.

La última palabra me sacudió. ¿Preguntado por mí? ¿Habría sido ella? De repente era otro: le agradecí de inmediato y con la mayor cortesía su invitación y le aseguré que acudiría puntualmente. Y fui puntual, demasiado puntual. ¿Necesito decirle que, acosado por mi impaciencia, fui el primero en el gran salón del edificio del gobierno, rodeado en silencio por los sirvientes amarillos que, balanceándose, iban y venían de puntillas sobre sus plantas desnudas y —según me pareció en mi confuso estado— se reían de mí a mis espaldas? Durante un cuarto de hora fui el único europeo en medio de todos aquellos preparativos silenciosos y tan a solas conmigo mismo que oía el tictac del reloj en el bolsillo de mi chaleco. Luego llegaron por fin algunos funcionarios del gobierno con sus familias, finalmente también el gobernador, que me entretuvo en una larga conversación en la que respondí con diligencia y, creo, con habilidad, hasta que... hasta que de repente, presa de un misterioso nerviosismo, perdí toda mi soltura y empecé a balbucear. Aunque estaba apoyado de espaldas a la puerta del salón, sentí de repente que ella había entrado, que debía de estar presente: no podría decirle por qué me asaltó esta súbita y desconcertante certeza, pero mientras aún hablaba con el gobernador, con el sonido de sus palabras en el oído, sentí a mi espalda, en alguna parte, su presencia. Afortunadamente, el gobernador terminó pronto la conversación —creo que, de lo contrario, me habría vuelto bruscamente, tan fuerte era esa misteriosa atracción en mis nervios, tan ardientemente excitado mi deseo—. Y, en efecto, apenas me volví, la vi exactamente en el lugar que mi sentimiento había presentido inconscientemente. Estaba de pie con un vestido de baile amarillo que dejaba entrever sus hombros estrechos y puros como marfil mate, charlando en medio de un grupo. Sonreía, pero aun así, me pareció que su rostro tenía

una expresión tensa. Me acerqué —ella no podía verme o no quería verme — y miré esa sonrisa, que temblaba complaciente y cortés en sus labios estrechos. Y esa sonrisa me embriagó de nuevo, porque... bueno, porque sabía que era mentira, arte o técnica, maestría en el disimulo. Hoy es miércoles, me pasó por la cabeza, el sábado llega el barco con su marido... ¿cómo puede sonreír así, tan... tan segura, tan despreocupada, y dejar que el abanico juegue lánguidamente en su mano, en lugar de estrujarlo de angustia? Yo... yo, el extraño... llevaba dos días temblando ante esa hora... yo, el extraño, vivía su angustia, su espanto con todos los excesos del sentimiento... y ella iba al baile y sonreía, sonreía, sonreía...

A mis espaldas comenzó la música. Empezó el baile. Un oficial mayor la había sacado a bailar; ella, con una disculpa, dejó el círculo de charlatanes y caminó del brazo de él hacia el otro salón, pasando a mi lado. Al verme, su rostro se contrajo violentamente de repente —pero solo por un segundo, luego me saludó con un cortés reconocimiento (antes de que yo hubiera decidido si saludarla o no) como a un conocido casual—:

—Buenas noches, doctor —y ya había pasado.

Nadie podría haber adivinado lo que se ocultaba en esa mirada gris verdosa, y yo, yo mismo no lo sabía. ¿Por qué saludaba... por qué me reconocía de repente ahora?... ¿Era defensa, era acercamiento, era solo la turbación de la sorpresa? No puedo describirle en qué estado de agitación me quedé, todo estaba revuelto, comprimido explosivamente dentro de mí, y al verla así, valsando lánguidamente del brazo del oficial, con el frío brillo de la despreocupación en la frente, mientras yo sabía que ella... que ella, igual que yo, solo pensaba en eso... en eso... que nosotros dos aquí, solos, teníamos en común un terrible secreto... y ella valsaba... en esos segundos mi miedo, mi avidez y mi admiración se convirtieron en más pasión que nunca. No sé si alguien me observó, pero ciertamente me delaté en mi comportamiento mucho más de lo que ella se ocultaba; simplemente no podía mirar en otra dirección, tenía que... sí, tenía que mirarla, sorbía, sí, tiraba desde lejos de su rostro cerrado, a ver si la máscara se caía por un segundo. Y ella debió de sentir desagradablemente esa mirada fija. Al volver del brazo de su bailarín, me miró en el destello de un segundo, con agudeza, imperativa, como indicándome que me fuera: de nuevo se tensó aquella pequeña arruga de ira altanera que ya conocía de antes, maligna, sobre su frente.

Pero... pero... ya se lo dije... yo corría amok, no miraba a derecha ni a izquierda. La entendí de inmediato —esa mirada significaba: ¡no llames la atención!, ¡contrólate!—; sabía que ella... ¿cómo decirlo?... que ella quería discreción en mi comportamiento aquí, en un salón abierto... entendí que si me iba a casa ahora, podría estar seguro de ser recibido por ella mañana... que solo quería evitar ahora, solo ahora, estar expuesta a mi llamativa familiaridad, que —y con cuánta razón— temía una escena por mi torpeza... Ya ve... lo sabía todo, entendía esa mirada gris e imperativa, pero... pero era demasiado fuerte en mí, tenía que hablar con ella. Y así, me tambaleé hacia el grupo en el que ella charlaba, me abrí paso —aunque solo conocía a algunos de los presentes— hasta el borde del círculo disperso, solo por el anhelo de oírla hablar, y sin embargo, siempre encogiéndome tímidamente como un perro apaleado ante su mirada, cuando pasaba fría a mi lado como si yo fuera una de las cortinas de lino contra las que me apoyaba, o el aire que ella movía ligeramente. Pero permanecí de pie, sediento de una palabra que ella me dirigiera, de una señal de entendimiento, de pie y de pie, con la mirada fija en medio de la charla como un bloque. Sin duda, ya debía de ser llamativo, sin duda, porque nadie me dirigía la palabra, y ella debía de sufrir por mi ridícula presencia.

Cuánto tiempo habría estado así de pie, no lo sé... una eternidad, quizá... no podía salir de ese hechizo de la voluntad. Precisamente la obstinación de mi furia me paralizaba... Pero ella no lo soportó más... de repente, se volvió hacia los señores con la magnífica ligereza de su ser y dijo:

—Estoy un poco cansada... hoy quiero irme a la cama un poco antes...  
¡Buenas noches!

...y ya pasaba a mi lado con un gesto de cabeza socialmente distante... aún vi la arruga fruncida en su frente y luego solo la espalda, la espalda blanca, fría y desnuda. Tardé un segundo en comprender que se iba... que ya no la vería, que no podría hablarle esa noche, esa última noche de salvación... así que durante un instante permanecí rígido, hasta que lo comprendí... entonces... entonces...

Pero espere... espere... si no, no entenderá lo insensato, lo estúpido de mi acto... primero tengo que describirle todo el espacio... Era el gran salón del edificio del gobierno, completamente iluminado y casi vacío, el inmenso salón... las parejas se habían ido a bailar, los señores a jugar... solo en las

esquinas charlaban algunos grupos... el salón estaba, pues, vacío, cualquier movimiento era llamativo y visible bajo la luz cruda... y por este gran y amplio salón caminaba ella, lenta y ligera, con sus hombros erguidos, devolviendo de vez en cuando un saludo con esa postura suya indescriptible... con esa magnífica, gélida y regia calma que tanto me fascinaba en ella... Yo... yo me había quedado atrás, ya se lo dije, estaba como paralizado antes de comprender que se iba... y entonces, cuando lo comprendí, ella ya estaba al otro extremo del salón, a punto de llegar a la puerta... Entonces... oh, todavía me avergüenzo de pensarlo... de repente me poseyó un impulso y corrí —escuche: corrí... no anduve, corrí con zapatos estruendosos que resonaban fuertemente, a través del salón, tras ella... Oía mis pasos, veía todas las miradas dirigidas hacia mí con asombro... podría haberme muerto de vergüenza... mientras corría, ya era consciente de mi locura... pero no podía... no podía ya volver atrás... La alcancé junto a la puerta... Se volvió... sus ojos se clavaron en mí como acero gris, las aletas de su nariz temblaban de ira... iba a empezar a balbucear... cuando... cuando... de repente se rio a carcajadas... una risa clara, despreocupada, cordial, y dijo en voz alta... tan alta que todos pudieron oírla...:

— ¡Ah, doctor, ahora es cuando se acuerda de la receta para mi hijo!... sí, los señores de la ciencia...

Algunos que estaban cerca se rieron bondadosamente... comprendí, me tambaleé ante la maestría con la que había salvado la situación... metí la mano en la cartera y arranqué una hoja en blanco del bloc, que ella tomó con indiferencia, antes de... una vez más con una sonrisa fría y agradecida... marcharse... Me sentí aliviado en el primer segundo... vi que mi locura había sido enmendada por su maestría, la situación ganada... pero también supe de inmediato que todo estaba perdido para mí, que esta mujer me odiaba por mi acalorada necesidad... me odiaba más que a la muerte... que ahora podría ir cien y cien veces a su puerta y me echaría como a un perro.

Me tambaleé por el salón... noté que la gente me miraba... debía de tener un aspecto extraño... Fui al bufé, bebí dos, tres, cuatro copas de coñac seguidas... eso me salvó de desplomarme... mis nervios ya no podían más, estaban como rotos... Luego me deslicé por una puerta lateral, a escondidas como un criminal... Por ningún principado del mundo habría podido volver a cruzar aquel salón, donde su risa aún resonaba estridente en todas las paredes... me fui... no sé decir exactamente adónde fui... a un par de taber-

nas y me emborraché... me emborraché como quien quiere ahogar en alcohol toda conciencia... pero... no se me nublaron los sentidos... la risa estaba clavada en mí, chillona y maligna... la risa, esa maldita risa no la pude acallar... Luego vagué por el puerto... había dejado mi revólver en casa, si no, me habría pegado un tiro. No pensaba en otra cosa, y con ese pensamiento también volví a casa... solo con ese pensamiento en el cajón de la izquierda del armario, donde estaba mi revólver... solo con ese único pensamiento.

Que no me pegara un tiro entonces... se lo juro, no fue cobardía... habría sido una liberación para mí apretar el frío gatillo ya amartillado... pero cómo explicárselo... sentía aún un deber en mí... sí, ese deber de ayudar, ese maldito deber... me volvía loco pensar que aún podría necesitarme, que me necesitaba... ya era jueves por la mañana cuando llegué a casa, y el sábado... ya se lo dije... el sábado llegaba el barco, y que esa mujer, esa mujer altanera y orgullosa, no sobreviviría a la vergüenza ante su marido, ante el mundo, eso lo sabía... ¡Ah, cómo me torturaban esos pensamientos sobre el tiempo precioso desperdiciado inútilmente, sobre mi precipitada locura que había frustrado toda ayuda a tiempo!... durante horas, sí, durante horas, se lo juro, estuve paseando por la habitación, de un lado a otro, y me devané los sesos pensando en cómo acercarme a ella, cómo enmendarlo todo, cómo ayudarla... porque que ya no me dejaría entrar en su casa, de eso estaba seguro... aún tenía la risa en todos mis nervios y el temblor de la ira en las alas de su nariz... durante horas, de verdad, durante horas estuve corriendo así los tres metros de la estrecha habitación de un lado a otro... ya era de día, ya era por la mañana...

Y de repente me abalancé sobre la mesa... saqué un fajo de hojas de carta y empecé a escribirle... a escribirlo todo... una carta perrunamente lastimera en la que le pedía perdón, en la que me llamaba loco, criminal... en la que le suplicaba que confiara en mí... Juré desaparecer en la próxima hora, de la ciudad, de la colonia, si ella quería: del mundo... solo que me perdonara y confiara en mí, que se dejara ayudar en la última, en la ultimísima hora... Escribí veinte páginas así, febrilmente... debió de ser una carta loca, indescriptible, como salida de un delirio, porque cuando me levanté de la mesa, estaba bañado en sudor... la habitación se tambaleaba, tuve que beber un vaso de agua... Solo entonces intenté releer la carta, pero me horroricé tras las primeras palabras... la doblé temblando, ya cogía un sobre... De repente,

una idea me atravesó. De golpe supe la palabra verdadera, la decisiva. Y volví a coger la pluma entre los dedos y escribí en la última hoja: «Espero aquí, en el hotel de la playa, una palabra de perdón. Si a las siete no tengo respuesta, me pegaré un tiro».

Luego tomé la carta, llamé a un boy y le ordené que la entregara de inmediato. Por fin todo estaba dicho... ¡todo!

---

Algo tintineó y rodó a nuestro lado. Con un movimiento brusco había volcado la botella de whisky: oí cómo su mano la buscaba a tientas en el suelo y luego la agarraba con un impulso repentino: en un amplio arco arrojó la botella vacía por la borda. Durante unos minutos la voz calló, luego continuó febrilmente, aún más agitado y apresurado que antes.

— Ya no soy un cristiano creyente... para mí no hay cielo ni infierno... y si lo hay, no lo temo, porque no puede ser peor que aquellas horas que viví desde la mañana hasta la tarde... Imagínese una habitación pequeña, caliente bajo el sol, cada vez más ardiente en el fuego del mediodía... una habitación pequeña, solo mesa, silla y cama... Y sobre esa mesa nada más que un reloj y un revólver y delante de la mesa un hombre... un hombre que no hace más que mirar fijamente a esa mesa, al segundero del reloj... un hombre que no come ni bebe ni fuma ni se mueve... que solo... escuche: solo, durante tres horas... mira fijamente el círculo blanco de la esfera y la pequeña manecilla que recorre el círculo con su tictac... Así... así... pasé ese día, solo esperando, esperando, esperando... pero esperando como... como un corredor de amok hace las cosas, sin sentido, animalmente, con esa obstinación frenética y rectilínea.

Bueno... no le describiré esas horas... eso no se puede describir... yo mismo ya no entiendo cómo se puede vivir eso sin... sin volverse loco... Bueno... a las tres y veintidós minutos... lo sé exactamente, estaba mirando fijamente el reloj... de repente llaman a la puerta... Salto... salto como un tigre sobre su presa, de un tirón cruzo toda la habitación hasta la puerta, la abro de golpe... un niño chino, pequeño y asustado, está fuera, con una nota doblada en la mano, y mientras la agarro con avidez, él ya se escabulle y desaparece.

Abro la nota de un tirón, quiero leerla... y no puedo leerla... Veo todo rojo ante mis ojos... imagine el tormento, por fin tengo, por fin tengo la palabra de ella... y ahora tiembla y baila ante mis pupilas... Meto la cabeza en agua... ahora se me aclara... De nuevo cojo la nota y leo:

«¡Demasiado tarde! Pero espere en casa. Quizá le llame todavía».

Ninguna firma en el papel arrugado, que estaba arrancado de algún viejo prospecto... trazos de lápiz apresurados y confusos de una escritura por lo demás segura... no sé por qué esa hoja me conmovió tanto... Algo de horror, de misterio se le adhería, era como si estuviera escrita durante una huida, de pie en el alféizar de una ventana o en un coche en marcha... Algo indescriptible de miedo, de prisa, de espanto golpeó fríamente mi alma desde esa nota secreta... y sin embargo... y sin embargo, era feliz: me había escrito, aún no tenía que morir, podía ayudarla... quizá... podía... oh, me perdí por completo en las conjeturas y esperanzas más descabelladas... Cien veces, mil veces he leído la pequeña nota, la he besado... la he escudriñado en busca de alguna palabra olvidada, pasada por alto... cada vez más profunda, cada vez más confusa se volvía mi ensoñación, un estado fantástico de sueño con los ojos abiertos... una especie de parálisis, algo completamente apagado y sin embargo agitado entre el sueño y la vigilia, que quizá duró cuartos de hora, quizá horas...

De repente, me sobresalté... ¿No habían llamado?... Contuve la respiración... un minuto, dos minutos de silencio inmóvil... Y luego otra vez, muy bajo, como un ratón que roe, un golpeteo suave pero intenso... Salté, todavía completamente aturdido, abrí la puerta de golpe; fuera estaba el boy, su boy, el mismo al que había destrozado la boca a puñetazos... su rostro moreno estaba ceniciento, su mirada confusa anunciaba desgracia... Sentí horror de inmediato...

—¿Qué... qué ha pasado? —pude balbucear aún.

—Come quickly —dijo... nada más... al instante bajé corriendo las escaleras, él detrás de mí... Un sado, un cochecito de esos, estaba listo, subimos...

—¿Qué ha pasado? —le pregunté...

Me miró temblando y guardó silencio con los labios apretados... Volví a preguntar —él callaba y callaba... Me hubiera gustado volver a pegarle un

puñetazo en la cara, pero... precisamente su fidelidad perruna hacia ella me conmovió... así que no pregunté más... El cochecito trotaba tan deprisa por el laberinto de calles que la gente se dispersaba maldiciendo, salió del barrio europeo de la playa hacia la ciudad baja y siguió, siguió hacia el gritón laberinto del barrio chino... Finalmente llegamos a una callejuela estrecha, muy apartada... se detuvo ante una casa baja... Estaba sucia y como encogida sobre sí misma, delante una pequeña tienda con una vela de sebo... una de esas covachas en las que se esconden los fumaderos de opio o los burdeles, un nido de ladrones o una cueva de peristas... El boy llamó apresuradamente... Detrás de la rendija de la puerta siseó una voz, preguntó y preguntó... No pude soportarlo más, salté del asiento, abrí de un empujón la puerta entornada... una anciana china huyó con un gritito... detrás de mí vino el boy, me guio por el pasillo... abrió otra puerta... otra puerta a una habitación oscura que olía mal a aguardiente y a sangre coagulada... Algo gemía dentro... avancé a tientas...

---

De nuevo se detuvo la voz. Y lo que brotó entonces fue más un sollozo que un discurso.

— Yo... yo avancé a tientas... y allí... allí, sobre una estera sucia... retorcida de dolor... un trozo de ser humano gimiendo... allí yacía ella...

No pude ver su rostro en la oscuridad... Mis ojos aún no estaban acostumbrados... así que solo tanteé... su mano... caliente... ardiente... Fiebre, fiebre alta... y me estremecí... lo supe todo al instante... había huido aquí de mí... se había dejado mutilar por alguna sucia china, solo porque aquí esperaba más silencio... se había dejado asesinar por alguna bruja diabólica, antes que confiar en mí... solo porque yo, un loco... porque no respeté su orgullo, no la ayudé de inmediato... porque temía a la muerte menos que a mí...

Grité pidiendo luz. El boy saltó: la abominable china trajo con manos temblorosas una lámpara de petróleo humeante... tuve que contenerme para no saltarle al cuello a la canalla amarilla... pusieron la lámpara sobre la mesa... la luz cayó amarilla y brillante sobre el cuerpo martirizado... Y de repente... de repente todo se fue de mí, toda la apatía, toda la ira, todo ese fango impuro de pasión acumulada... ya solo era médico, un ser humano que ayuda, que siente, que sabe... me había olvidado de mí... luchaba con

los sentidos despiertos y claros contra lo espantoso... Sentí el cuerpo desnudo, que había deseado en mis sueños, solo como... cómo decirlo... como materia, como organismo... ya no la sentía a ella, sino solo la vida que se defendía de la muerte, el ser humano que se retorció en un tormento asesino... Su sangre, su sangre caliente y sagrada, inundó mis manos, pero no la sentí con placer ni con horror... solo era médico... solo veía el sufrimiento... y vi...

Y vi de inmediato que todo estaba perdido si no ocurría un milagro... estaba herida y medio desangrada bajo la mano criminalmente torpe... y yo no tenía nada para detener la sangre en esa cueva apestosa, ni siquiera agua limpia... todo lo que tocaba estaba lleno de suciedad...

—Tenemos que ir al hospital de inmediato —dije.

Pero apenas lo dije, el cuerpo martirizado se irguió convulsivamente.

—No... no... prefiero morir... que nadie se entere... que nadie se entere... a casa... a casa...

Comprendí... solo luchaba por el secreto, por su honor... no por su vida... Y —obedecí... El boy trajo un palanquín... la acostamos en él... y así... ya como un cadáver, lánguida y febril... la llevamos a través de la noche... a casa... apartando a los sirvientes que preguntaban asustados... como ladrones la llevamos a su habitación y cerramos las puertas... Y entonces... entonces comenzó la lucha, la larga lucha contra la muerte...

---

De repente, una mano se aferró a mi brazo con tal fuerza que casi grité de susto y dolor. En la oscuridad, el rostro se me acercó de golpe, grotesco; vi los dientes blancos, cómo se mostraban en un súbito estallido, vi los cristales de las gafas brillar en el pálido reflejo de la luna como dos enormes ojos de gato. Y ahora ya no hablaba, gritaba, sacudido por una ira aullante:

—¿Sabe usted, usted, un extraño que está aquí sentado despreocupadamente en una tumbona, un paseante por el mundo, sabe usted cómo es cuando una persona muere? ¿Ha estado usted alguna vez presente, ha visto cómo el cuerpo se arquea, las uñas azules arañan el vacío, cómo la garganta estertora, cada miembro se resiste, cada dedo se aferra contra lo espantoso, y cómo los ojos se abren de par en par con un horror para el que no hay pal-

abras? ¿Ha vivido usted eso alguna vez, usted, ocioso, usted, trotamundos, usted que habla de ayudar como de un deber? Lo he visto a menudo como médico, lo he visto como... como un caso clínico, como un hecho... lo he estudiado, por así decirlo, pero solo lo he vivido una vez, lo he vivido con ella, he muerto con ella solo aquella noche... en aquella noche espantosa, en la que estaba sentado estrujándome el cerebro para saber algo, para encontrar algo, para inventar algo contra la sangre que corría y corría y corría, contra la fiebre que la quemaba ante mis ojos... contra la muerte que se acercaba cada vez más y que yo no podía apartar de la cama. ¿Entiende lo que significa ser médico, saberlo todo contra todas las enfermedades — tener el deber de ayudar, como usted dice tan sabiamente— y sin embargo estar sentado impotente junto a una moribunda, sabiendo y sin embargo sin poder... sabiendo solo esto, esto espantoso, que no se puede ayudar, aunque uno quisiera desgarrarse cada vena de su cuerpo... ver un cuerpo amado cómo se desangra miserablemente, martirizado por los dolores, sentir un pulso que vuela y al mismo tiempo se extingue... que se te escapa entre los dedos... ser médico y no saber nada, nada, nada, nada... solo estar sentado y balbucear alguna oración como una vieja encogida en la iglesia, y luego volver a apretar los puños contra un Dios miserable, del que uno sabe que no existe... ¿Lo entiende? ¿Lo entiende?... Yo... yo solo hay una cosa que no entiendo, cómo... cómo se hace para no morir con ella en esos segundos... para levantarse a la mañana siguiente de un sueño y lavarse los dientes y anudarse una corbata... para poder seguir viviendo, cuando se ha vivido lo que yo sentí, cómo ese aliento, ese primer ser humano por el que luché y combatí, al que quería retener con todas las fuerzas de mi alma... cómo se me escurría... hacia alguna parte, se escurría cada vez más rápido, minuto a minuto y yo no sabía nada en mi cerebro febril para retener a este, a este único ser humano...

Y para colmo, para duplicar diabólicamente mi tormento, además esto... Mientras estaba sentado junto a su cama —le había dado morfina para aliviar los dolores, y la veía yacer, con las mejillas ardientes, calientes y pálidas—, sí... mientras estaba así sentado, sentía desde mi espalda siempre dos ojos fijos en mí con una terrible expresión de tensión... El boy estaba allí, acurrucado en el suelo, murmurando en voz baja algunas oraciones... Cuando mi mirada se encontraba con la suya... no, no puedo describirlo... algo tan suplicante, tan... tan agradecido aparecía en su mirada perruna, y al mismo tiempo levantaba las manos hacia mí, como si quisiera conjurarme

para que la salvara... entienda: a mí, a mí levantaba las manos como a un dios... a mí... el impotente debilucho que sabía que todo estaba perdido... que yo era allí tan inútil como una hormiga que corretea por el suelo... ¡Ah, esa mirada, cómo me torturaba, esa fanática, esa animal esperanza en mi arte!... podría haberle gritado y pateado, tanto me dolía... y sin embargo, sentía cómo ambos estábamos unidos por nuestro amor a ella... por el secreto... Como un animal al acecho, un ovillo inerte, estaba sentado hecho un nudo justo detrás de mí... apenas pedía algo, saltaba con sus plantas desnudas y silenciosas y me lo alcanzaba temblando... expectante, como si esa fuera la ayuda... la salvación... Sé que se habría cortado las venas para ayudarla... así era esa mujer, tal poder tenía sobre los hombres... y yo... yo no tenía poder para salvar una pizca de sangre... ¡Oh, esa noche, esa noche espantosa, esa noche infinita entre la vida y la muerte!

Hacia la mañana se despertó una vez más... abrió los ojos... ahora ya no eran altaneros y fríos... un brillo febril y húmedo había en ellos, mientras recorrían, como si fueran extraños, la habitación... Luego me miró: parecía reflexionar, querer recordar mi rostro... y de repente... lo vi... se acordó... porque un espanto, una defensa... algo... algo hostil, horrorizado, tensó su rostro... forcejeaba con los brazos como si quisiera huir... lejos, lejos, lejos de mí... vi que pensaba en aquello... en la hora de entonces... Pero luego vino una reflexión... me miró más tranquila, respiraba con dificultad... sentí que quería hablar, decir algo... De nuevo comenzaron a tensarse las manos... quería levantarse, pero estaba demasiado débil... La tranquilicé, me incliné... entonces me miró con una mirada larga y atormentada... sus labios se movieron suavemente... fue solo un último sonido que se extinguía, cuando dijo...

—¿No se enterará nadie?... ¿Nadie?

—Nadie —dije con toda la fuerza de la convicción—, se lo prometo.

Pero su ojo aún estaba inquieto... Con labios febriles, de forma muy confusa, logró articularlo.

—Júremelo... que nadie se enterará... júrelo.

Levanté los dedos como para un juramento. Me miró... con una... una mirada indescriptible... era suave, cálida, agradecida... sí, de verdad, de verdad agradecida... Quiso decir algo más, pero le resultó demasiado difícil. Yació

largo rato, completamente agotada por el esfuerzo, con los ojos cerrados. Luego comenzó lo espantoso... lo espantoso... luchó aún una hora entera y pesada: solo por la mañana todo terminó...

---

Calló largo rato. No me di cuenta hasta que la campana del combés sonó en el silencio, uno, dos, tres golpes duros: las tres. La luz de la luna se había atenuado, pero alguna otra claridad amarilla ya temblaba incierta en el aire, y el viento soplaba a veces ligero como una brisa. Media hora, una hora más, y entonces sería de día, este horror se borraría con la luz clara. Vi sus rasgos ahora más claramente, ya que las sombras no caían tan densas y negras en nuestro rincón; se había quitado la gorra, y bajo su cráneo reluciente su rostro atormentado parecía aún más espantoso. Pero ya los cristales brillantes de sus gafas se volvieron de nuevo hacia mí, se enderezó, y su voz adquirió un tono burlón y agudo.

—Con ella ya había terminado, pero no conmigo. Estaba solo con el cadáver, pero solo en una casa extraña, solo en una ciudad que no toleraba secretos, y yo... yo tenía que guardar el secreto... Sí, imagínese lo, toda la situación: una mujer de la mejor sociedad de la colonia, completamente sana, que la noche anterior aún había bailado en el baile del gobierno, yace de repente muerta en su cama... un médico extraño está con ella, al que supuestamente llamó su sirviente... nadie en la casa ha visto cuándo ni de dónde vino... la han traído de noche en un palanquín y luego han cerrado las puertas... y por la mañana está muerta... solo entonces han llamado a los sirvientes, y de repente la casa resuena con gritos... en un instante lo saben los vecinos, toda la ciudad... y solo hay uno para explicarlo todo... yo, el extraño, el médico de una estación remota... Una situación agradable, ¿verdad?...

Sabía lo que me esperaba. Afortunadamente, el boy estaba conmigo, el buen muchacho, que leía cada señal de mis ojos; también este animal amarillo y torpe entendió que aquí aún había que librar una batalla. Solo le había dicho: «La señora quiere que nadie se entere de lo que ha pasado». Me miró a los ojos con su mirada perruna, húmeda y sin embargo decidida: «Yes, Sir», no dijo más. Pero lavó las manchas de sangre del suelo, lo puso todo en perfecto orden, y precisamente su determinación me devolvió la mía.

Nunca en mi vida, lo sé, he tenido una energía tan concentrada, nunca la volveré a tener. Cuando uno lo ha perdido todo, lucha por lo último como un desesperado, y lo último era su legado, el secreto. Recibí a la gente con total calma, les conté a todos la misma historia inventada, cómo el boy, al que habían enviado a buscar al médico, me encontró por casualidad en el camino. Pero mientras hablaba aparentemente tranquilo, esperaba... esperaba siempre lo decisivo... al médico forense, que tenía que venir antes de que pudiéramos cerrar el ataúd y el secreto con ella... Era, no lo olvide, jueves, y el sábado llegaba su marido...

A las nueve oí por fin que anunciaban al médico oficial. Yo lo había hecho llamar; era mi superior en rango y al mismo tiempo mi competidor, el mismo médico del que ella había hablado con tanto desprecio en su momento y que, evidentemente, ya se había enterado de mi deseo de traslado. Desde su primera mirada lo sentí: era mi enemigo. Pero precisamente eso tensó mi fuerza.

En el vestíbulo ya preguntó:

—¿Cuándo ha muerto la señora... —dijo su nombre—?

—A las seis de la mañana.

—¿Cuándo le mandó llamar?

—A las once de la noche.

—¿Sabía usted que yo era su médico?

—Sí, pero urgía... y además... la difunta me había pedido expresamente a mí. Había prohibido que se llamara a otro médico.

Me miró fijamente: en su rostro pálido y algo adiposo subió un rubor, sentí que estaba resentido. Pero precisamente eso necesitaba; todas mis energías se concentraron en una rápida decisión, pues sentía que mis nervios no aguantarían mucho más. Quiso responder algo hostil, pero luego dijo con displicencia:

—Aunque usted crea que puede prescindir de mí, es mi deber oficial constatar la muerte y... cómo se ha producido.

No respondí y le dejé pasar delante. Luego retrocedí, cerré la puerta y puse la llave sobre la mesa. Sorprendido, enarcó las cejas:

—¿Qué significa esto?

Me planté tranquilamente frente a él:

—Aquí no se trata de determinar la causa de la muerte, sino de encontrar otra. Esta mujer me llamó para tratarla después de... después de las consecuencias de una intervención fallida... ya no pude salvarla, pero le prometí salvar su honor, y eso es lo que haré. ¡Y le pido que me ayude!

Sus ojos se habían abierto de par en par por el asombro.

—No querrá decir —balbuceó entonces—, ¿que yo, el médico oficial, deba encubrir aquí un crimen?

—Sí, eso quiero, eso debo querer.

—Que por su crimen deba yo...

—Le he dicho que no he tocado a esta mujer, si no... si no, no estaría ante usted, si no, hace tiempo que habría acabado conmigo. Ha expiado su falta —si quiere llamarla así—, el mundo no necesita saber nada de ello. Y no toleraré que el honor de esta mujer sea manchado ahora innecesariamente.

Mi tono decidido solo lo irritó más.

—No tolerará... así que... bueno, usted es mi superior... o al menos ya cree serlo... Intente solo darme órdenes... ya me lo imaginaba, hay algo sucio en juego cuando le llaman a usted desde su rincón... una bonita práctica la que empieza, una bonita pieza de prueba... Pero ahora yo voy a investigar, yo, y puede estar seguro de que un informe que lleve mi nombre será correcto. No firmaré una mentira.

Yo estaba completamente tranquilo.

—Sí, esta vez tendrá que hacerlo. Porque no saldrá de esta habitación antes.

Al decir esto, metí la mano en el bolsillo; no llevaba mi revólver. Pero él se encogió. Di un paso hacia él y lo miré.

—Escuche, le diré algo... para que no lleguemos al extremo. Mi vida no me importa nada... ni la de ningún otro, ya he llegado a este punto... lo único que me importa es cumplir mi promesa de que la causa de esta muerte permanezca en secreto... Escuche: le doy mi palabra de honor de que si fir-

ma el certificado de que esta mujer murió de... bueno, de un accidente, yo abandonaré la ciudad y la India en el transcurso de esta semana... que si usted lo exige, cogeré mi revólver y me pegaré un tiro en cuanto el ataúd esté en la tierra y pueda estar seguro de que nadie... usted entiende: nadie, podrá investigar más. Eso le bastará, tiene que bastarle.

Debió de haber algo amenazador, algo peligroso en mi voz, porque cuando me acerqué involuntariamente, retrocedió con ese espanto desmesurado, como... como huye la gente del corredor de amok cuando corre frenético con el kris en alto... Y de repente fue otro... de algún modo encogido y paralizado... su postura dura se quebró. Murmuró con una última y muy suave resistencia:

—Sería la primera vez en mi vida que firmara un certificado falso... en fin, ya se encontrará una fórmula... uno también sabe lo que pasa... Pero no podía así sin más...

—Ciertamente no podía —le ayudé, para darle ánimos— («¡Rápido! ¡rápido!», me latía en las sienes)—, pero ahora, que sabe que solo ofendería a un vivo y le haría algo espantoso a una muerta, seguro que no dudará.

Asintió. Nos acercamos a la mesa. A los pocos minutos, el certificado estaba listo (el que luego se publicó en el periódico y describía de forma creíble una parálisis cardíaca). Luego se levantó, me miró:

—Se marcha esta semana, ¿verdad?

—Mi palabra de honor.

Me miró de nuevo. Noté que quería parecer estricto, objetivo.

—Encargaré un ataúd de inmediato —dijo, para disimular su turbación.

Pero, ¿qué era eso en mí que me hacía sentir tan... tan terriblemente... tan atormentado? De repente me tendió la mano y me la estrechó con una cordialidad espontánea.

—Supérelo bien —dijo; no sabía a qué se refería. ¿Estaba enfermo? ¿Estaba... loco?

Lo acompañé a la puerta, abrí, pero esa fue mi última fuerza, la que cerró la puerta tras él. Luego volvió ese tictac a mis sienes, todo se tambaleaba y

giraba: y justo delante de su cama me desplomé... así... así como el corredor de amok al final de su carrera cae sin sentido con los nervios destrozados.

---

De nuevo se detuvo. De alguna manera me estremecí: ¿era el primer escalofrío del viento del amanecer, que ahora corría susurrando suavemente sobre el barco? Pero el rostro atormentado —ya medio iluminado por el reflejo del alba— se tensó de nuevo:

—Cuánto tiempo estuve tumbado en la estera, no lo sé. Entonces algo me tocó. Me sobresalté. Era el boy, que estaba de pie ante mí con su gesto tímido y devoto y me miraba inquieto a los ojos.

—Alguien quiere entrar... quiere verla...

—Nadie debe entrar.

—Sí... pero...

Sus ojos estaban asustados. Quería decir algo y sin embargo no se atrevía. El fiel animal sufría de algún modo un tormento.

—¿Quién es?

Me miró temblando como si temiera un golpe. Y entonces dijo —no dijo ningún nombre... ¿de dónde sale en un ser tan humilde de repente tanto saber, cómo es que en ciertos segundos una delicadeza indescriptible anima a gente tan torpe?... entonces dijo... muy, muy tímidamente...:

—Es él.

Me sobresalté, comprendí al instante y al instante sentí una avidez total, una impaciencia total por este desconocido. Porque verá, qué extraño... en medio de todo este tormento, en esta fiebre de deseo, de miedo y de prisa, me había olvidado por completo de «él»... había olvidado que había otro hombre en juego... el hombre al que esta mujer había amado, al que había dado apasionadamente lo que a mí me había negado... Doce, veinticuatro horas antes, aún habría odiado a este hombre, aún podría haberlo despedazado... Ahora... no puedo, no puedo describirle cómo me urgía verlo... amarlo... porque ella lo había amado.

De un tirón estaba en la puerta. Un oficial joven, muy joven y rubio, estaba allí, muy torpe, muy delgado, muy pálido. Parecía un niño, tan... tan conmovedoramente joven... y me conmovió indeciblemente de inmediato cómo se esforzaba por ser un hombre, por mantener la compostura... por ocultar su agitación... Vi al instante que sus manos temblaban cuando se llevó la mano a la gorra... Me hubiera gustado abrazarlo... porque era exactamente como yo deseaba que fuera el hombre que había poseído a esta mujer... no un seductor, no un altanero... no, un medio niño, un ser puro y tierno al que ella se había entregado.

El joven estaba completamente cohibido ante mí. Mi mirada ávida, mi salto apasionado lo confundieron aún más. El pequeño bigotito sobre su labio se crispaba delatoramente... este joven oficial, este niño, tenía que contenerse para no romper a sollozar.

—Perdone —dijo por fin—, me habría gustado... me habría gustado ver... a la señora.

Inconscientemente, sin quererlo, le puse mi brazo, a él, un extraño, sobre el hombro, lo conduje como se conduce a un enfermo. Me miró asombrado con una mirada infinitamente cálida y agradecida... una especie de comprensión de nuestra comunidad ya estaba en ese segundo entre nosotros dos... Fuimos hacia la muerta... Yacía allí, blanca, en los lienzos blancos; sentí que mi cercanía aún lo oprimía... así que retrocedí, para dejarlo a solas con ella. Se acercó lentamente con... con pasos tan vacilantes y arrastrados... por sus hombros vi cómo se revolvía y se desgarraba por dentro... caminaba como... como alguien que avanza contra una tormenta inmensa... Y de repente se arrodilló ante la cama... exactamente igual que me había arrodillado yo.

Salté de inmediato, lo levanté y lo llevé a un sillón. Ya no se avergonzaba, sino que sollozó su tormento. No pude decir nada, solo le acaricié inconscientemente con la mano su pelo rubio y suave como el de un niño. Me cogió la mano... muy suave y sin embargo tímidamente... y de repente sentí su mirada fija en mí...

—Dígame la verdad, doctor —balbuceó—, ¿se ha quitado la vida ella misma?

—No —dije.

—¿Y hay... quiero decir... hay algún... algún culpable de su muerte?

—No —dije de nuevo, aunque sentía que se me subía a la garganta el impulso de gritarle: «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!... ¡Y tú!... ¡Nosotros dos! ¡Y su orgullo, su nefasto orgullo!». Pero me contuve. Repetí una vez más: —No... nadie tiene la culpa... ¡fue una fatalidad!

—No puedo creerlo —gimió—, no puedo creerlo. Anteayer todavía estaba en el baile, sonreía, me saludaba con la mano. ¿Cómo es posible, cómo pudo suceder?

Le conté una larga mentira. Tampoco a él le revelé su secreto. Como dos hermanos hablamos juntos todos esos días, como si estuviéramos iluminados por el sentimiento que nos unía... y que no nos confiamos el uno al otro, pero sentíamos el uno del otro que toda nuestra vida pendía de esta mujer... A veces se me agolpaba en los labios, ahogándome, pero entonces apretaba los dientes; nunca supo que ella esperaba un hijo suyo... que yo debería haber matado al niño, a su hijo, y que ella se lo había llevado consigo al abismo. Y sin embargo, solo hablamos de ella en esos días, durante los cuales me escondí en su casa... porque —eso había olvidado decirle— me buscaban... Su marido había llegado cuando el ataúd ya estaba cerrado... no quería creer el informe... la gente murmuraba toda clase de cosas... y él me buscaba... Pero no podía soportar verlo, a él, de quien sabía que ella había sufrido... me escondí... durante cuatro días no salí de la casa, no salimos ninguno de los dos del apartamento... su amante me había conseguido una plaza en un barco con un nombre falso, para que pudiera huir... como un ladrón me deslicé de noche a la cubierta, para que nadie me reconociera... Lo he dejado todo atrás, todo lo que poseo... mi casa con todo el trabajo de estos siete años, mis bienes, todo está abierto para quien lo quiera... y los señores del gobierno seguramente ya me habrán borrado, porque abandoné mi puesto sin permiso... Pero ya no podía vivir en esa casa, en esa ciudad... en este mundo donde todo me la recuerda... como un ladrón he huido en la noche... solo para escapar de ella... solo para olvidar...

Pero... cuando llegué a bordo... de noche... a medianoche... mi amigo estaba conmigo... entonces... entonces... estaban subiendo algo con la grúa... rectangular, negro... su ataúd... escuche: su ataúd... me ha perseguido hasta aquí, como yo la perseguí a ella... y tuve que estar presente, fingir ser un extraño, porque él, su marido, estaba con ellos... lo acompaña a Inglaterra...

quizá quiera hacer una autopsia allí... se la ha arrebatado... ahora le pertenece de nuevo a él... ya no a nosotros, a... a nosotros dos... Pero yo todavía estoy aquí... voy con ella hasta la última hora... él no se enterará, no debe enterarse nunca... sabré defender su secreto contra cualquier intento... contra ese canalla por el que fue a la muerte... Nada, nada se enterará... su secreto me pertenece, solo a mí...

¿Entiende ahora... entiende ahora... por qué no puedo ver a la gente... no puedo oír su risa... cuando flirtean y se aparean... porque allí abajo... abajo en la bodega, entre fardos de té y nueces de Brasil, está guardado el ataúd... No puedo ir, la bodega está cerrada con llave... pero lo sé con todos mis sentidos, lo sé en cada segundo... incluso cuando aquí tocan valeses y tangos... es estúpido, el mar arrastra a millones de muertos, en cada palmo de tierra que se pisa se pudre un cadáver... pero aun así, no puedo soportarlo, no puedo soportarlo cuando hacen bailes de máscaras y ríen tan lascivamente... a esta muerta, la siento, y sé lo que quiere de mí... lo sé, todavía tengo un deber... todavía no he terminado... su secreto aún no está a salvo... aún no me libera...

---

Del combés llegaron pasos arrastrados, sonidos chapoteantes: los marineros comenzaban a fregar la cubierta. Se sobresaltó como si lo hubieran pillado: su rostro demudado adquirió una expresión de angustia. Se levantó y murmuró:

— Ya me voy... ya me voy.

Era un tormento mirarlo: su mirada devastada, los ojos hinchados, rojos de beber o de llorar. Eludió mi compasión: sentí en su actitud encogida vergüenza, una vergüenza infinita por haberse delatado ante mí, ante esta noche. Involuntariamente dije:

— ¿Puedo quizá ir por la tarde a su camarote...?

Me miró; una expresión burlona, dura, cínica, tiró de sus labios, algo maligno empujaba y retorció cada palabra.

— Ajá... su famoso deber de ayudar... ajá... Con esa máxima ha conseguido usted que me pusiera a charlar. Pero no, señor mío, gracias. No crea que ahora me siento más aliviado, después de haberme desgarrado las entrañas

ante usted hasta la mierda de mis intestinos. Mi vida arruinada ya nadie me la puede remendar... he servido en vano al honorable gobierno holandés... la pensión se ha ido al traste, vuelvo a Europa como un perro pobre... un perro que gime detrás de un ataúd... no se corre amok mucho tiempo impunemente, al final te derriba, y espero estar pronto en el final... No, gracias, señor mío, por su amable visita... ya tengo en el camarote a mis compañeros... un par de buenas y viejas botellas de whisky, que a veces me consuelan, y luego a mi amigo de entonces, al que lamentablemente no recurrí a tiempo, mi valiente Browning... ese al final ayuda más que toda la palabrería... Por favor, no se moleste... el único derecho humano que a uno le queda es: reventar como uno quiera... y que no le importunen con ayuda ajena.

Me miró una vez más con burla... sí, con desafío, pero lo sentí: era solo vergüenza, una vergüenza sin límites. Luego encogió los hombros, se dio la vuelta sin saludar y caminó de un modo extrañamente torcido y arrastrando los pies por la cubierta ya iluminada hacia los camarotes. No lo he vuelto a ver. En vano lo busqué de noche y la noche siguiente en el lugar habitual. Permaneció desaparecido, y habría creído en un sueño o en una aparición fantástica si no me hubiera fijado entretanto en otro pasajero con un crespón de luto en el brazo, un gran comerciante holandés que, según me confirmaron, acababa de perder a su mujer por una enfermedad tropical. Lo vi caminar serio y atormentado, apartado de los demás, y la idea de que yo conocía su más íntima preocupación me producía una misteriosa timidez: siempre me desviaba cuando pasaba, para no delatar con una mirada que sabía más de su destino que él mismo.

---

En el puerto de Nápoles ocurrió entonces aquel extraño accidente, cuya explicación creo encontrar en el relato del desconocido. La mayoría de los pasajeros habían desembarcado por la noche; yo mismo fui a la ópera y luego a uno de los luminosos cafés de la Vía Roma. Cuando regresamos al vapor en una barca de remos, ya me llamó la atención que varias barcas con antorchas y lámparas de acetileno rodearan el barco en actitud de búsqueda, y arriba, en la oscura borda, había un misterioso ir y venir de carabinieri y gendarmería. Le pregunté a un marinero qué había pasado. Me respondió de forma evasiva, lo que demostraba inmediatamente que se había dado orden de guardar silencio, y también al día siguiente, cuando el barco continuó

pacíficamente y sin rastro de incidente hacia Génova, no se pudo saber nada a bordo. Solo en los periódicos italianos leí después, adornado de forma romántica, sobre aquel supuesto accidente en el puerto de Nápoles. Aquella noche, según escribían, a una hora desierta, para no inquietar a los pasajeros con la vista, el ataúd de una dama distinguida de las colonias holandesas iba a ser trasladado desde el barco a una lancha, y lo estaban bajando por la escala de gato en presencia del marido, cuando algo pesado se precipitó desde la alta borda y arrastró consigo a las profundidades al ataúd, a los porteadores y al marido, que lo bajaban juntos. Un periódico afirmaba que había sido un loco que se había lanzado por la escala hacia la escala de gato; otro, para suavizar los hechos, decía que la escala se había roto por sí sola bajo el peso excesivo: en cualquier caso, parecía que la compañía naviera había hecho todo lo posible por ocultar los hechos exactos. No sin dificultad se rescató con lanchas del agua a los porteadores y al marido de la difunta, pero el ataúd de plomo se hundió inmediatamente en las profundidades y ya no pudo ser recuperado. El hecho de que al mismo tiempo, en otra breve nota, se mencionara que el cadáver de un hombre de unos cuarenta años había sido arrastrado por la corriente en el puerto, no pareció tener para el público ninguna relación con el accidente románticamente reseñado; para mí, sin embargo, apenas leí la fugaz línea, fue como si de repente, detrás de la hoja de papel, el rostro blanco como la luna con los cristales brillantes de sus gafas me mirara de nuevo, fantasmal.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**